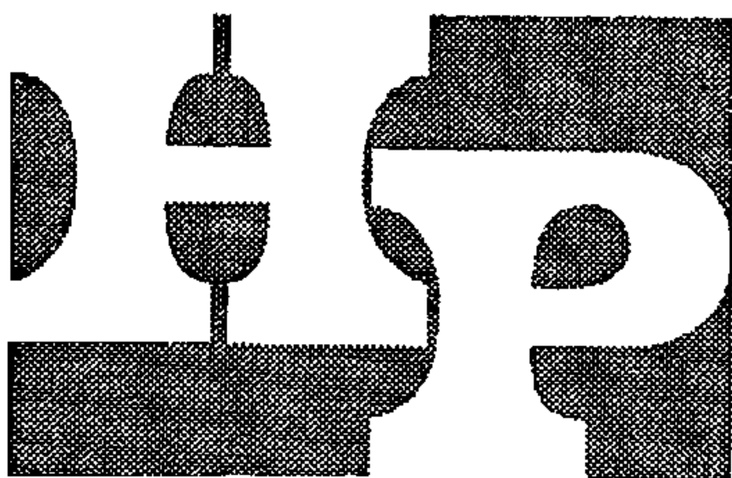
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

CANCION PARA LOS MUERTOS





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

CANCION PARA LOS MUERTOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 81
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 19793-1971

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: julio, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

La población se llamaba Meridian y se encontraba situada en el estado de Mississippi, muy cerca de la frontera del estado de Alabama.

El hombre que llegó a ella aquel anochecer vino de sitios mucho peores que la ciudad que ahora tenía ante los ojos, castigada por la guerra. Pero nada de ello se notaba en su expresión pétrea, que era como la expresión de una esfinge.

Leyó el gran cartel a la entrada de la ciudad:

Forastero: Meridian ha sido declarada zona neutral con motivo del próximo canje de heridos y prisioneros. Guarda la paz mientras estés en ella, o las leyes te serán aplicadas con todo rigor. Aquí no nos importa ahorcar a un hombre.

Para que tu entrada aquí sea legal, debes presentarte al *sheriff*.

El hombre arqueó levemente una ceja, mientras paseaba su mirada por la ciudad.

Zona neutral…

No siempre había tenido la misma suerte. Un ataque de la artillería nordista había reducido a escombros gran parte de una de sus calles. Las cosechas habían sido destruidas en gran parte a causa de los incendios. La torre de la única iglesia, a punto de derrumbarse, mostraba sus dos campanas desnudas.

El forastero echó un poco para atrás el ala de su sombrero y entró en la ciudad al trote corto.

Detuvo su caballo ante un amarradero donde ya había otros, y se apeó lentamente.

Un oficial del Sur, al que faltaba un brazo, cargaba dificultosamente una pipa. Desde el porche, le contempló mientras amarraba el caballo.

—¿Es usted uno de los médicos que ha de llegar? —preguntó.

—No, no lo soy.

—Ah, ya me parecía a mí… Lleva demasiado visible el revólver.

El forastero no contestó, pero el oficial sudista parecía tener muy pocas cosas que hacer, aparte de hablar y cargar su pipa. Murmuró:

—Ya habrá leído que esta ciudad es neutral. En ambos lados se pusieron de acuerdo para efectuar aquí un canje de heridos y enfermos. Pero de eso hace quince días y todavía no ha llegado nadie. En cambio, esto se va llenando de pistoleros que han olido la plata de la gente rica que cree tener aquí más segura su fortuna.

Señaló el banco, que estaba bien vigilado.

Dos hombres con aspecto de tiradores profesionales, llevando cada uno un rifle bajo el brazo, paseaban incesantemente ante el edificio, arriba y abajo.

Pero también se veía merodear por allí a individuos que tenían aspecto de profesionales en otro estilo.

Auténticos pistoleros, quizá desertores de los dos ejércitos, que habían creído encontrar allí su fortuna, al menos durante los días en que durara aquella tregua.

El oficial mutilado continuó:

—Ese banco que ve ahí ha visto aumentar sus reservas de dinero en un dos mil por ciento. Y todo eso, en diez días. Por eso pienso que esto no es lo que parece. Cualquiera diría que es una ciudad tranquila, y en cambio es un barril de pólvora con la mecha encendida. Lo que ocurre es que la mecha es larga… Vaya con cuidado, forastero.

—Yo no he de preocuparme. No tengo dinero que perder.

—Tenían que haber puesto la ciudad bajo control militar. Pero como los generales no se ponían de acuerdo en eso, dejaron toda la autoridad a un civil, al *sheriff* Buchanan. Y me temo que esto se le escape de las manos.

—¿Por qué? ¿Buchanan no es bueno?

—Sí que lo es. Y enérgico. No le importa ahorcar a quien sea. Pero cualquier día pueden clavarle una bala por la espalda, y entonces… Hala, vaya a verle.

—Eso pensaba hacer. ¿Dónde está su oficina?

—Allí.

Y le señaló un edificio iluminado por dos faroles, sobre cuya puerta había un cartel que no podía leer a aquella distancia.

—Dentro de poco esto ha de llenarse de heridos y enfermos de los dos bandos, así como de médicos para atenderlos —dijo el mutilado—. De heridos que aún están peor que yo… Pero mientras tanto, ¡vaya con cuidado, forastero!

Y añadió:

—¿Cuál es su nombre?

—Kid.

—Kid… Eso me recuerda a alguien.

—Seguro… —dijo el forastero.

Y se dirigió a la oficina del *sheriff*, al sitio que le había indicado. No se dio demasiada prisa.

Porque estaba seguro, absolutamente seguro, de que el señor Buchanan le recordaría.

Cuando él entró en la oficina, el *sheriff* estaba de espaldas, revisando los rifles del armero. Oyó los pasos del que llegaba y dijo mecánicamente, sin volverse:

—Siéntese.

Kid se sentó.

Sus labios se entreabrieron apenas para decir:

—Buenas noches Buchanan.

El *sheriff* reconoció la voz. La reconoció al instante.

Y se volvió en fracciones de segundo, con las facciones lívidas, mientras murmuraba:

—Imposible…

Durante unos instantes, los dos hombres se miraron fijamente. Ninguno de ellos tocó sus armas porque sabía lo rápido del otro.

Pero Buchanan estaba en su terreno, y lo sabía. Era él quien podía pedir ayuda en cualquier momento. No así Kid. Kid se había metido en la boca del lobo, aunque no comprendía por qué.

—¿De dónde sales? —musitó.

—Del penal de Yuma.

—¿Hasta allí…, te llevaron?

—No sé por qué le extraña. Usted me detuvo para eso.

—Ignoraba dónde se cumpliría la pena de muerte.

—Pues la iban a cumplir en Yuma —dijo Kid, con los dientes apretados—. Sí, allí, en la cárcel más piojosa de toda la Unión. Ya

tenía la cuerda al cuello cuando logré escapar. Le extraña ¿verdad? Un perro rabioso como yo… ¿Cómo pudieron los guardianes cometer la tontería de descuidarse un minuto? Pero Yuma no es una prisión tan segura como parece. Hay allí demasiada gente y no se puede controlar a todo el mundo.

—Yo te detuve… —musitó el *sheriff*—. Yo estaba delante del tribunal cuando te condenaron a muerte por asesinato… Yo…

—Le parecerá un sueño verme aquí, ¿verdad?

—¿Por qué…, por qué has venido a Meridian? Hubiera sido más lógico tratar de pasar a México.

—Esperaban que lo hiciese, y la frontera estaba muy vigilada. Demasiado vigilada. Lo ha estado durante toda la guerra.

—Y un gusano como tú…, ¿por qué no se arrastró hacia las Rocosas, por ejemplo, o hacia Sierra Nevada, en cuyos vericuetos hubieras estado más seguro?

—También me hubieran buscado allí. Tenía que hacer algo que los otros no sospecharan.

—¿Adonde pretendes llegar?

—A la costa atlántica. A Filadelfia o a Nueva York, por ejemplo. Esta guerra, que ya dura cuatro años, terminará un día y entonces todo el país se reunificará de nuevo. Allí no me buscarán.

Buchanan esbozó una sonrisa.

Tenía que aceptar la realidad increíble: Kid se había fugado de Yuma. Pero el resto del plan le seguía pareciendo absurdo.

—¿Por qué te has presentado a mí? —preguntó.

—A la entrada de la ciudad había un aviso que lo indicaba.

—Tú siempre has tenido muy buen humor, Kid. Y lo sigues teniendo… Pero demasiado tal vez.

—Se equivoca, Buchanan. Soy el tipo más serio que ha puesto los pies en la ciudad desde que ésta se fundó. La gente dice que tengo cara de piedra.

—Y corazón de piedra también, Kid… Has matado a tantos hombres que ya debes de haber perdido la cuenta. Pero dices que tratas de ir a Nueva York. Muy bien. Y allí, ¿qué harás? Tú eres un salvaje pistolero del Oeste. Y allí, en la gran ciudad, entre bloques de piedras, ¿qué va a hacer un asesino?

Ahora el que habló fue Kid:

—Llegaré a Nueva York con dinero. Me han informado de que

en esta ciudad hay magnificas oportunidades… y yo trataré de aprovecharlas.

Buchanan palideció. Palideció mortalmente.

—De modo…, ¿de modo que has venido aquí a «trabajar»?

—Y tanto…

Buchanan no dudo más.

Durante aquellos instantes, mientras hablaban, no había perdido el tiempo. Había acertado tanto los dedos de la derecha a la culata del revólver que casi la tocaba cuando pronunció las últimas palabras.

¡Y sacó!

Con Kid no podía permitirse uno vacilaciones. Cualquier cosa menos perder el tiempo.

Fue a tirar a matar.

Pero el asesino demostró que también había estado atento y que también conocía el terreno que pisaba. Eso era lógico. Lo que ya no fue tan lógico fue la rapidez tan diabólica de que hizo gala. Buchanan oyó un disparo y se encontró de pronto en la mano con un revólver que no tenía cañón. El plomo de Kid lo había segado limpiamente, mientras él no había conseguido aún ni poner el Colt en línea de tiro.

Kid dijo sombríamente:

—Menos prisa, *sheriff*… Usted siempre ha corrido demasiado. No he venido aquí para matarle, sino a ganarme la vida. Dicen que el mejor consejo es el que viene del enemigo, y yo voy a darle uno: olvídese de mí. No se caliente los cascos. Esto se ha llenado de pistoleros y de desertores contra los que veo difícil que pueda hacer nada. Pues inclúyame entre ellos. Soy uno más. Si quiere seguir viviendo, eso es lo mejor que puede hacer un hombre como usted.

Buchanan estaba lívido.

Nunca le habían amenazado así.

¡En su despacho y en plena cara!

Kid dio media vuelta y salió.

No había llegado a la puerta cuando Buchanan, impulsivamente, llevó la derecha al cajón, donde conservaba otro revólver.

Pero no llegó a sacarlo.

De pronto se encontró encañonado por el ojo negro del Colt, que Kid asomaba por debajo de su codo izquierdo.

—Tate, tate, *sheriff*… —musitó—. No se aficione.

Y salió tranquilamente a la calle, sobre la que ya habían caído definitivamente las sombras de la noche.

CAPÍTULO II

Si bien el *sheriff* Buchanan tenía plena autoridad sobre la ciudad de Meridian, dependía de un inspector general nombrado de común acuerdo por los dos gobiernos en guerra, y el cual servía además de enlace con las autoridades militares de ambos, hasta que el canje de enfermos y heridos se hubiese efectuado. Buchanan tenía que comunicar por telégrafo a ese inspector todas las noticias importantes que se produjesen.

Y la llegada de Kid era una noticia importante.

Tanto, que puso un telegrama expresamente para eso.

Un asesino llamado Kid, al que usted debe recordar, se ha fugado de Yuma. *Stop*. Atravesando todo el país, ha llegado a Meridian. *Stop*. Su propósito es cometer atracos en la ciudad, aprovechando la brusca influencia de dinero que se ha producido en ésta. *Stop*. Autoríceme a reunir voluntarios para acabar con él. Firmado: Buchanan.

Buchanan era un hombre disciplinado. No quería organizar allí una verdadera tropa sin pedir permiso antes.

La respuesta le llegó una hora más tarde, también por telégrafo.

Los generales Grant y Lee se van a reunir en secreto muy cerca de esa ciudad, aprovechando haber sido declarada zona neutral. *Stop*. Le recuerdo importancia extrema de esas conversaciones que podrán derivar en un fin de guerra. *Stop*. Si los dos generales se ponen de acuerdo, habrá otra reunión en la que se firmará un tratado de paz. *Stop* Le recuerdo también que el declarar a Meridian zona neutral de canje fue un pretexto para dar motivo a esa reunión, por lo cual todos los esfuerzos de usted deben estar encaminados a vigilar a la gente e impedir que alguien pueda estorbar esa conferencia. *Stop*. Un asesino como Kid no importa.

Firmado: Perry.

Cuando Buchanan recibió el telegrama respuesta, apretó los labios con contrariedad.

Trató de consolarse pensando: «Bueno, al fin y al cabo tal vez me haya alarmado en exceso. Quizá Kid no piensa matar»… Pero se equivocaba.

Porque Kid pensaba matar. Había venido para eso.

El dueño del hotel se despertó sobresaltado a causa del brusco movimiento del hombre que estaba ante él, haciendo sonar el timbre de llamada.

El hotelero dio un brinco.

—Eh… ¿Qué pasa?

Vio ante él unos ojos helados, unas facciones que diríase estaban talladas en piedra.

—¿Quién es usted?

—Quiero una habitación —dijo Kid.

—¿Ya se ha presentado al *sheriff*?

—Y tanto…

Y Kid volvió hacia él el libro de registros, disponiéndose a escribir. Anotó en las diversas casillas:

Nombre: Kid. Procedencia: Penal de Yuma. Profesión: Asesino.

Y giró el libro de nuevo.

El hotelero volvió a preguntar, asombrado:

—¿De… de veras se ha presentado al *sheriff*? Kid repitió: —Y tanto… —¿Qué le ha dicho?—. No ha podido decir nada. —¿Lo… ha matado?—. Casi.

El hotelero decidió no preguntar más. Ya había bastante.

Kid se dirigió hacia la escalera. Pero antes de poner los pies en el primer peldaño, se volvió a preguntar:

—Quizás usted lo sepa. ¿Me contestaría a una cosa?

—Yo…, yo lo sé todo.

—Entonces, ¿dónde está Marian Graw?

El hotelero cambió de color.

—Yo no sé nada de Marian Graw —musitó.

—Me ha dicho que lo sabía todo.

—Hay algunas cosas… que no.

Kid produjo un chasquido con los labios.

Y siguió subiendo.

Hacia las diez, salió de nuevo a la calle. Era la «hora punta» de la ciudad de Meridian. Las calles estaban llenas, aunque la mayor parte de los transeúntes inspiraba poca confianza. Quizá por eso los vigilantes del banco ya no eran dos, sino cuatro. También los vigilantes del banco inspiraban poca confianza. Se notaba que estaban dispuestos a disparar contra cualquier hombre que se acercase, aunque fuera a pedirles lumbre.

Kid pasó de largo.

Aquello parecía importarle poco.

Fue hacia el saloon más importante de la ciudad, que estaba abarrotado de público, música y luces.

Una muchacha ligera de ropa cantaba en el escenario, acompañada por un pianista que tenía los ojos como platos. Cosa lógica, si se tiene en cuenta que era el que veía las piernas de la chica más de cerca.

La muchacha era literalmente sensacional.

Era una diosa.

No se comprendía cómo había podido llegar hasta Meridian, al fin y al cabo una población perdida del Mississippi, a no ser empujada por los avatares de la guerra.

Kid entornó los párpados.

La miraba fijamente desde la barra. Parecía estar escuchando la canción que llenaba nostálgicamente el saloon.

La canción decía:

En las redes de mi amor quedó un vaquero atrapado. Por mí mató y fue un tahúr de chaleco floreado.

Ciertamente la letra no era una gran cosa.

Pero Kid la escuchaba con atención.

La música era alegre y pegadiza. Algunos de los presentes la corearon.

Pero a pesar de todo, la gran atención era la chica.

Cuando ella terminó, giró sobre sí misma y produjo un gran revuelo de faldas —con la exhibición que es de suponer—, los clientes se pusieron a aullar.

La exhibición les había sabido a poco.

Pidieron que se repitiera.

La chica apareció de nuevo, pero no cantó. Se limitó a dar un gran salto de lado a lado del escenario, con las piernas al aire,

demostrando que además de cantar bien, era una gran bailarina. Los aullidos de entusiasmo estuvieron a punto de hundir el saloon.

Alguien murmuró a Kid:

—La canción es nueva… Empezó a cantarla ayer.

Kid no hizo el menor gesto, como si aquello no le importase.

Simplemente se introdujo un largo cigarro entre los labios.

Salió sin encenderlo.

La ciudad seguía estando en su mejor hora.

Al fondo de la calle destacaba un gran local adornado con letreros rojos y con luces de pálido color amarillo. En los letreros rojos había grandes letras doradas: «GAMBLING, GAMBLING».

Era una casa de juego, la más importante de Meridian y quizá la más importante de Mississippi.

Kid entró.

El silencio era total en la sala. Allí se jugaba y nada más. En ocho o diez mesas verdes, los naipes, bajo la luz concentrada de las lámparas, repartían la fortuna. Daba la sensación de que la guerra estaba muy lejos, de que la guerra no había existido nunca.

Kid suspiró hondamente y se sentó en una de las mesas.

Alguien se acercó a él.

Era un tipo alto, muy alto, de casi dos metros de estatura. Y su anchura estaba proporcionada, de modo que era un verdadero hércules. Llevaba una elegante levita negra, un pantalón gris, y un chaleco blanco. No ostentaba armas visibles, pero bajo la levita bien cortada se insinuaba claramente el bulto del Derringer.

Detuvo a Kid.

—Forastero —dijo.

Kid mostró un poco la lengua entre los dientes.

—¿Qué? —preguntó.

—No haga eso.

—¿Por qué?

—Se la partiré.

—¿La lengua?

—Sí. De un puñetazo.

—No parece usted muy amable, amigo —susurró Kid—. Yo sólo he venido a jugar.

—A eso me refiero.

—Pues no lo entiendo.

—Yo sí. Tiene que enseñar primero la pasta. No queremos aquí a pordioseros ni indeseables. Ni gente que en cuanto pierde cien dólares se pone a llorar.

Kid sonrió, mientras paseaba una mirada en torno suyo.

—Comprendo —dijo—. Aquí todos son caballeros y gente bien.

—Sí. ¿Y usted?

—También.

—A ver la pasta.

Kid ignoró al gigante. Pasó de largo y se sentó a una mesa donde quedaba un sitio libre, ante otros tres jugadores.

Éstos le miraron con curiosidad.

—Amigo —dijo el más gordo y reluciente, al cabo de unos minutos de silencio—. ¿A qué juega?

—A la carta más alta.

—Eso me parece muy bien, aunque es un juego arriesgado, porque se pierde o se gana con demasiada rapidez. ¿Qué cantidad pone?

—Un dólar.

El gordo se quedó más verde que la mesa.

—¿Qué dice…?

—Perdón —murmuró Kid—. No debí haber olvidado su advertencia. Me acaba de decir usted que es un juego arriesgado, y que se pierde con excesiva rapidez. Siendo así, no picaré tan alto. Arriesgo cincuenta centavos.

Las facciones del gordo pasaron del color verde al violeta.

Dijo con un soplo de voz, escupiendo las palabras:

—Lárguese, miserable. Ensucie con su roña otras sillas que no sean éstas. No sé cómo le han dejado entrar aquí.

El gigante estaba ya detrás de Kid.

Puso una mano sobre la espalda de éste.

—Yo no lo he dejado entrar, señor Robinson —murmuró—. El se ha colado solo, pero la situación tiene fácil remedio. Hala, tú, cargado de tina, lárgate.

Kid se puso en pie poco a poco.

Era tan alto como el gigante, aunque menos corpulento. Se adivinaba, no obstante, que su desventaja en peso era ventaja de agilidad y destreza.

—No estoy cargado de tina —musitó Kid—. Mis ropas están

limpias, y mi piel también.

El gigante masculló:

—Lo siento por ti, muchacho. Vas a salir sin pantalones. Vas a ir a parar en calzoncillos al centro de la calle.

—Creí que era usted sólo el portero —susurró Kid—, pero veo ahora que además es usted el matón.

—¡Soy lo que me da la gana!

—Está bien, no voy a discutir eso. Ya me largo.

Y fue a salir, pero el otro le detuvo con su poderosa izquierda, al mismo tiempo que le tendía la derecha.

—Se olvida de algo, amigo.

—¿De qué?

—Sus pantalones. Démelos.

Kid sonrió.

Su sonrisa era helada.

—Tiene mal gusto, amigo. Yo preferiría, por ejemplo, la ropa de una chica.

Los dientes del gigantón chirriaron.

—Está bien, usted lo ha querido. Ya ha armado demasiado jaleo aquí. Se los quitaré después de muerto.

—¿Qué va a hacer, matón? ¿Emplear ese Derringer que se le marca tanto debajo de la levita, para asustar a los que pierden?

—Voy a hacer algo más sencillo. Le abriré en canal. Soy especialista en eso.

Y movió la derecha. Fue sin previo aviso.

De la manga de la levita, como si fuera una carta falsa, surgió la lengua de acero de un cuchillo Bowie. Lanzó el tajo directo y seco, en fracciones de segundo, en línea recta hacia el corazón de Kid.

Otro hombre menos experto hubiera acabado sus aventuras allí mismo. El movimiento de la lengua de acero fue casi imposible de seguir. Pero Kid había aprendido todos los trucos de labios de los más crueles cuchilleros de Yuma.

E incluso antes de ir a Yuma.

Apenas el otro había empezado a moverse, cuando ya él saltaba hacia atrás. Fue un movimiento fulminante, seco, un movimiento que le libró de la muerte por fracciones de segundo. Aún así el Bowie, al fallar el golpe y subir hacia arriba como una exhalación, le arañó la mandíbula, produciendo en ellas unas gotas de sangre.

En el local se oyó un solo y unánime grito, surgido de docenas de gargantas a la vez.

Kid dio un salto hacia atrás, y mientras caía al suelo, alzó una de sus piernas y sacó un cuchillo de una de sus viejas botas tejanas.

El matón se lanzó hacia él.

Se había puesto furioso al ver que le presentaban combate, cuando creía que todo iba a ser tan sencillo. Lanzó dos salvajes tajos al aire, inclinando el cuerpo.

Pero Kid no era de los que se están quietos esperando a que los acuchillen.

Dio de nuevo una vuelta de campana que hubiera hecho palidecer a un equilibrista.

El matón lanzó un rugido.

Atacó de nuevo.

El Bowie arañó de nuevo la misma mejilla de Kid, pero éste lanzó un contragolpe. Fue un contragolpe cruel y eficaz. Buscó la axila derecha de su enemigo.

Al sentir la hoja de acero debajo del hombro, el matón lanzó un alarido. Intentó saltar hacia atrás para que se le desclavara la hoja.

Pero fue Kid quien la retiró de un tirón seco, e hizo con el cuchillo un quiebro y cortó con la hoja de acero la retirada a su enemigo. La cortó de tal modo, que encontró en el camino, como si viniera a su encuentro, el corazón de éste.

El matón se tambaleó.

Kid se dio cuenta de que lo que tenía delante de él no era más que un cadáver.

En la casa de juego se había hecho de pronto un terrible silencio. Un silencio que casi angustiaba. Durante unos instantes nadie se movió, ni siquiera Kid.

Al fin, un individuo se levantó, era el médico de Meridian.

Se inclinó sobre el caído y le desabrochó el chaleco para ver la herida.

—No se puede hacer nada por él —dijo.

Kid seguía estando muy quieto. Tenía los ojos clavados en el chaleco de su víctima.

Era un chaleco blanco sólo por un lado. Por el lado interno, por el del forro, era un chaleco floreado.

En el tenso silencio que llenaba el local, se oyó una sola palabra:

—Asesino…

Era la chica que había cantado en el saloon. Era la muchacha de las piernas preciosas, que ahora estaba allí.

Kid salió del local. Pasó por su lado sin mirarla.

CAPÍTULO III

El dueño del hotel seguía dormitando sobre su libro de registro. Kid hizo sonar el timbre de llamada.

Y otra vez el hotelero se sobresaltó, dando un brinco.

—¡Diablos! ¿Qué pasa?

—Quiero saber si alguien ha preguntado por mí mientras estaba ausente —murmuró Kid.

—No. No ha… no ha preguntado nadie.

—Pues está usted muy pálido.

—Es que no ha preguntado nadie por usted, pero…, pero me parece que preguntarán ahora.

Miraba hacia la puerta.

Era verdad que preguntaban.

Y de qué modo…

El *sheriff* Buchanan, acompañado de dos ayudantes, se encontraba en el umbral. Y los tres llevaban ya los revólveres fuera de las fundas.

Kid musitó:

—Vaya… ¿Pero por qué se ha molestado, *sheriff*? Si de todos modos pensaba pagar la cuenta…

—Acabas de matar a un hombre, Kid.

—¿Lo ha visto?

—He entrado en el momento en que lo despachabas. No he podido hacer nada por impedirlo.

—En ese caso se habrá dado cuenta de que el matón de la casa de juego había tratado de despacharme a mí.

—Claro que sí… Y por eso no daría demasiada importancia a una pelea de las que todas las noches ocurren aquí. Pero hay algo que me ha llamado la atención. Demasiado tal vez…

—¿Ah?, sí, *sheriff*.

—Me ha llamado la atención aquella cancioncilla. Yo estaba en el saloon cuando Irma la entonó. La del tahúr y el chaleco floreado.

Kid parpadeó.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cómo adivinó que el chaleco de aquel tipo era floreado por dentro, Kid? Por fuera era totalmente blanco. Diga… ¿cómo lo adivinó?

—Se notaba un poco por el borde. Pero no sé de qué demonios me está hablando, Buchanan.

—Usted entró allí para matar aquel tipo. Y no sé por qué, pero me huelo que eso estaba relacionado de algún modo con la cancioncilla de Irma.

—Usted sueña, *sheriff*. Aquel tipo me provocó sin que yo hiciese nada. Todos lo vieron.

Buchanan alzó un poco el revólver.

—Discutiremos eso en mi oficina, Kid.

—¿Quiere decir que estoy detenido?

—Trate de impedirlo.

Kid tenía las manos apoyadas en el mostrador, tras el que estaba el dueño del hotel.

—No trataré de impedirlo, *sheriff*… —dijo con voz suave—. Lo estoy impidiendo ya…

Y lanzó el libro de registro hacia adelante.

Lo hizo con tal perfección y con tal puntería que durante unas fracciones de segundo, cubrió con él el campo de tiro de los revólveres enemigos. Éstos vomitaron plomo pero las balas no hicieron más que destrozar el libro.

Inmediatamente, rectificaron.

Pero Kid ya no estaba en el mismo sitio. Materialmente había desaparecido en el aire. Estaba tras el mostrador de recepción del hotel, pero ni el *sheriff* ni sus ayudantes lo había visto.

Uno de los ayudantes aulló de pronto:

—¡Allí!

Corrió hacia atrás del *comptoir*. Hizo un quiebro con el cuerpo, porque adivinaba el peligro, pero no llegó a evitar la bala.

De pronto giró sobre sí mismo, mientras soltaba el revólver y se llevaba la mano derecha al brazo izquierdo.

—¡Maldito!

El *sheriff*, masculló:

—¡Idiota! ¡Solamente te ha herido!

Todos se lanzaron hacia allí, sin importarles los nuevos balazos. El comptoir saltó materialmente por los aires. Pero Kid ya no estaba allí.

Detrás del mostrador había un pequeño hueco con una puertecilla. Sólo un hombre muy ágil hubiera podido pasar por allí, pero Kid acababa de conseguirlo.

El dueño del hotel estaba allí, acuclillado, temblando, sintiendo ya que su saliva sabía a plomo.

—No… no tiréis.

—¡No vamos a hacerlo, idiota! ¡Dinos sólo dónde lleva eso!

—Al cuarto de… Mónica.

—¿Quién es Mónica?

—Una criadita… No sé si ustedes lo comprenderán pero así no se entera mi mujer. Y yo, entre cliente y cliente…

—¡Dinos qué otro sitio lleva al cuarto de Mónica!

—Por… por allí.

Buchanan y sus hombres, incluso el herido, echaron a correr. Con un poco de suerte podrían cortar el camino al fugitivo.

El pasillo llevaba a una sola puerta. Saltaron sobre ella igual que tres tigres y la derribaron a la primera.

La chica que estaba dentro de la habitación tensándose una media lanzó un grito.

Buchanan en seguida aulló:

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡El tipo que ha entrado por ese agujero!

—¿Y a mí qué me explican? ¡El muy burro se ha largado por la ventana, sin hacerme caso! ¡Y es que estaba así, como estoy ahora! ¡Con la pierna levantada!

Buchanan saltó hacia la ventana.

No encontró ante él más que la noche.

El asesino se había escabullido.

Y Meridian era una ciudad con demasiados escondites para poder dar con él, al menos mientras durara la noche.

CAPÍTULO IV

Por la mañana, el *sheriff* Buchanan tenía los ojos cargados de sueño. Y con razón.

No sólo había buscado inútilmente a Kid, sino que la noche anterior su ayudante de más confianza, Mike, llegó herido en una cadera a la oficina.

—¿Pero qué infiernos ha pasado? ¿Quién te ha clavado esa bala?

—Dracy…

Dracy era el peor asesino que tenía Buchanan en la cárcel. Esperaba ser juzgado junto con su compañero Colt.

—¡No me digas que ha huido! ¡Eso es imposible!

—Pues lo ha conseguido… Y Colt también… No sé quién les dio un revólver y me han sorprendido… Pero Colt lleva lo suyo. Le he alcanzado por lo menos en un hombro…

Buchanan se pasó la mano por la boca.

Dracy, suelto, no sólo significaba un grave peligro para la ciudad, sino un peligro personal para él. Dracy había jurado matarle. El *sheriff* no podría pegar ojo hasta que volviera a tener entre rejas a este individuo.

Por eso a la mañana siguiente, Buchanan estaba molido.

Debían de ser las nueve cuando se dejó caer sobre el sillón de su oficina ante la mesa. Puso sus pies en ésta y se atizó, para animarse, un trago de *whisky*.

De pronto, como si de una aparición se tratara, vio en el umbral de la puerta a Colt, el herido.

Sujetándose el hombro izquierdo y con la camisa tinta en sangre, dijo:

—*Sheriff*…, tiene que ayudarme.

—¿Qué haces aquí, maldito? ¿Y dónde está Dracy?

—No quería… dejar que me entregara… Por poco me mata. Es… es un perro…

Y casi se derrumbó sobre uno de los asientos. Buchanan le puso en la boca el gollete de *whisky*, y el otro bebió con avidez.

—Sé que quizá me condenen a muerte, pero no puedo más… —murmuró Colt, cuando estuvo de nuevo en situación de hablar—. Necesito ir al hospital. Hay un magnífico hospital en Meridian… Por favor, *sheriff*, lléveme allí…

Estaba muy pálido. Debía de haber perdido mucha sangre, y se le notaba al borde del agotamiento total.

Uno de los ayudantes miró significativamente al *sheriff*.

—Es cierto lo que dice. Hay que llevarlo al hospital o no se puede responder de nada.

—Lo que debería hacer es colgarlo de una cuerda —masculló Buchanan—. Pero, en fin, Colt no es el peor de los dos. El auténtico cerdo es Dracy. Llevaré a éste al hospital para que lo vea el médico.

Entre él y un ayudante, lo sujetaron por los hombros y salieron. El hospital estaba cerca. Había sido construido a toda prisa, en unos barracones, para albergar a los heridos que fuesen canjeados.

Ahora esos barracones estaban casi vacíos.

Entraron con el herido.

Éste lanzó un grito angustioso cuando pasaron junto a la primera habitación, cuya puerta se hallaba solo entornada.

—Por favor… ¡No puedo más! ¡Déjenme aquí…!

Buchanan echó una ojeada al interior.

—¿Aquí quieres que te dejemos? Vas a tener mala compañía. Hay un muerto.

En efecto, en la habitación había dos camas, una de ellas ocupada por un bulto humano, significativamente cubierto del todo con una manta.

—¡El muerto voy a ser yo si siguen arrastrándome! —gimió Colt —. Déjenme aquí… Por favor, llamen al médico.

Los otros accedieron. Entraron y lo arrojaron sobre la cama vacía.

—Vamos a buscar al matasanos —dijo el *sheriff*.

—No, Buchanan, no se vaya… Envíe al ayudante, pero no me deje solo… La herida me vuelve a sangrar… Desabroche la camisa… Estoy muy mal… ¡Mire!

Buchanan hizo una señal al ayudante, que salió. Y se inclinó sobre el herido.

Estaba muy lejos de sospechar lo que ocurría a su espalda. Ya se había olvidado de que en la otra cama había alguien cubierto por una manta.

Pero hubiese hecho mejor en recordarlo. Porque el bulto se había movido.

La manta se deslizó poco a poco. Y tras ella apareció el rostro congestionado de Dracy y un revólver que empuñaba la mano derecha del criminal.

Apuntó al centro exacto de la nuca del *sheriff* y disparó.

Bueno, creyó que disparaba. Al menos oyó el estampido.

Y echó la cabeza hacia atrás, sufriendo una brutal sacudida, sin darse cuenta de que la bala le había entrado entre las cejas.

Colt se dio cuenta de que algo había fallado. Se revolvió, dando un empujón a Buchanan, mientras sacaba con la otra mano el pequeño Derringer que llevaba oculto en uno de los bolsillos posteriores de su pantalón. Estuvo a punto de llegar a tiempo. Pero la segunda bala que atravesó la puerta penetró también entre sus dos cejas, como había ocurrido con Dracy. Colt lanzó un chillido de horror y cayó de bruces sobre la cama.

Alguien entró poco a poco en la habitación, con el revólver todavía humeante.

Sonaban quedamente sus espuelas.

Volvió a tapar el cuerpo de Dracy totalmente con la manta, mientras murmuraba:

—Ahora, sí.

Los ojos del *sheriff* miraron a Kid con infinito asombro.

No podía creerlo. Y mucho menos podía creer aún que estuviera vivo gracias a él.

Kid musitó:

—Me he dado cuenta de que todo era demasiado fácil. Esos dos buitres han actuado juntos desde que empezaron a usar el revólver. Resultaba más que sospechoso que se separasen ahora.

Buchanan se había puesto en pie. Estaba muy pálido.

—Kid… ¿Por qué me ha salvado la vida?

—No me gustan que asesinen a la gente por la espalda. Ni aunque sea un *sheriff*.

—Pero tú… también eres un asesino.

Kid sonrió, mientras se encogía de hombros.

—¿Y qué? Cada uno tiene sus métodos.

—Si pretendes que te esté agradecido, te equivocas. Sigues siendo el hombre al que deseo capturar.

—Yo no le he pedido nada, Buchanan.

—Ya lo veo… Pero, después de lo que has hecho, yo no puedo portarme como un canalla. Tengo una obligación moral. Vete de aquí, Kid. Mis atribuciones terminan a poca distancia de la ciudad. Lárgate unas millas más lejos y ya no podré perseguirte.

—No, *sheriff*.

—Te advierto que no vas a tener otra oportunidad. Dentro de diez minutos me olvidaré de que me has salvado la vida.

—Me parece una cosa muy razonable.

—¡Infiernos! —Buchanan había apretado los puños, a punto de perder la paciencia—. ¿Por qué no te largas?

—No puedo.

—¿Qué tienes que hacer aquí? ¿A quién buscas?

—A Marian Graw.

Buchanan palideció. Pareció como si aquel nombre le hubiera causado un sobresalto.

—Más vale que no preguntes por Marian Graw.

—¿Qué le pasa?

—¡Más vale que no preguntes por ella!

—¿Es todo lo que tiene que decir?

—¡Todo!

Buchanan, pese a ser un profesional del gatillo, estaba al borde del ataque de nervios.

Kid se encogió de hombros y se dirigió nuevamente hacia la puerta. Tenía una sonrisa sombría en sus labios.

Capítulo V

El saloon estaba lleno. La gente había ido para oír a Irma, y sobre todo para verla. Irma no parecía impresionarse demasiado por el entusiasmo de un público al que estaba acostumbrada. Se plantó en el centro del escenario, irguió su agresivo busto y cantó:

Cuando sentía sus besos, sus caricias, su mirada. Cuando oía sus palabras mil temores me envolvían mil hormigas me mataban.

Como siempre, la letra no era ningún prodigio, pero la música resultaba pegadiza.

El *sheriff* que estaba en la barra, puso un delgado cigarro entre sus labios.

Miró a su ayudante.

—¿Has visto a Kid?

—¿Teme que esté aquí?

—Casi lo juraría.

—¿Por dónde?

El *sheriff* pasó su mirada por cien rincones penumbrosos del saloon. Un hombre podía ocultarse muy bien allí, especial.

Tiente en los reservados. Podía ocultarse durante varias horas.

Era una tarea inútil buscar a Kid con los medios de que disponía. Caso de contar con un par de docenas de hombres hubiese podido dar una batida por toda la ciudad, pero así era imposible.

Además, se estaba obsesionando con él y descuidaba lo más importante de sus tareas. A él le habían puesto allí para otra cosa, no para capturar a un asesino.

Su ayudante conocía lo trascendental de aquella misión.

Murmuró:

—¿Preocupado, Buchanan?

—Sí. Preocupado de verdad.

—¿Por la conferencia de los generales Lee y Grant?

—No hablemos de eso aquí. Es una imprudencia.

—Nadie nos oye…

Era cierto. Todo el mundo estaba pendiente de las piernas de Irma.

Buchanan susurró:

—¿Qué puedo decirte? Tú sabes lo importante que es esa conferencia para el final de la guerra.

El ayudante dijo con un soplo de voz:

—Pero que los dos generales se pongan de acuerdo no va a ser tan fácil.

—No, no va a serlo, especialmente si yo me descuido.

Aunque la noticia de esta reunión se ha mantenido en secreto, hay bastante gente que la conoce. Y a bastantes de ellos les interesa la continuación de la guerra. Hay traficantes de armas de ambos bandos, hay vendedores de esclavos del Sur, hay vaqueros que se enriquecen… Toda esa gentuza se ha unido bajo la dirección de un individuo que desconozco, y han pagado a una banda de asesinos profesionales. ¿Sabe cuál es su misión?

El ayudante hizo un gesto dubitativo.

—Su misión es matar a Grant y a Lee —prosiguió el *sheriff*—. Tienen que asesinarlos a pesar de la protección de que estarán rodeados, y mucho me temo que lo consigan. Si esos dos generales mueren, o al menos uno de ellos, la paz será imposible. Los del bando a que pertenezca el general asesinado culparán a sus enemigos, sin avenirse a razones. Se formará un verdadero clamor popular para seguir la guerra hasta el fin. Y si mueren los dos, la situación resultará peor aún, porque las acusaciones serán recíprocas.

Tras una pequeña pausa, Buchanan continuó:

—Los asesinos van a reunirse aquí. Tal vez están reunidos ya, antes de empezar esta actuación. La misión que me encomendaron fue la de controlar a la gente que llegase a Meridian, estar al tanto de todo y detener a los sospechosos. Es decir, hacer naufragar el complot en su mismo principio. Pero confieso que tal vez el asunto se me está escapando de las manos. Es algo demasiado importante para mí.

El ayudante bisbiseó:

—¿Y Kid? ¿Puede ser Kid uno de esos asesinos?

Buchanan palideció.

—No, no puede ser… Lo que dices es absurdo.

—¿Por qué? ¿No es un asesino profesional? ¿No vive de su gatillo?

—Cierto. Se ha alquilado muchas veces como guardaespaldas, como pacificador de ciudades, protector de caravanas y todo eso. La consecuencia es que ha matado a mucha gente. Incluso a tipos que estaban muy arriba, como Lambert. Pero no creo que…

—De un profesional del gatillo se puede esperar cualquier cosa. Y a los que maten a Grant y a Lee habrán prometido pagarlos muy bien.

—Una millonada.

—Y a Kid, ¿no puede tentarlo un bocado así?

—A él no pudieron proponérselo. El estaba en Yuma.

—¡Claro que estaba en Yuma! Eso es lo más significativo para mí. Todo el mundo sabe que es muy difícil escapar de Yuma sin ayuda. Y a Kid le ayudaron, eso está fuera de toda duda. Y ¿quién? Pues gente que pudo hacerlo. Gente que estaba muy arriba.

Buchanan palideció aún más.

Las palabras de su ayudante penetraron como martillazos en su cerebro, haciéndole ver claro algo que hasta entonces no había querido pensar.

—¿Usted se ha tragado ese cuento de que va a instalarse en Filadelfia o Nueva York? —prosiguió el ayudante—. Con todo lo enorme que es este país, ¿resulta lógico que un fugitivo de Yuma venga aquí? Que no me diga que ha sido casualidad. Creo, *sheriff*, que ya lo tenemos. ¡Es él el jefe de esa maldita banda!

Buchanan dijo con un soplo de voz:

—¿Pero entonces por qué se presentó a mí?

—Tenía que hacerlo. Usted lo hubiera visto de todos modos.

—¿Y por qué me salvó la vida?

—No le costó ningún trabajo hacerlo. El no tiene interés en matarle a usted, *sheriff*. El solo tiene interés en matar a Grant y a Lee. Y así, después de salvarle a usted, logra un cierto plazo para actuar con tranquilidad.

Buchanan había apretado los puños de tal modo que sus nudillos blanqueaban. Bruscamente, tuvo la sensación de que había estado

perdiendo el tiempo, un tiempo que ya no podría recuperar.

De pronto, se estremeció.

—¡Dios santo!

—¿Qué?

—¡Está allí! —¿Dónde?

El ayudante había seguido la dirección de la mirada de Buchanan, paseándola por encima de un grupo de gente que estaba en el primer piso. Pero ninguno de ellos era Kid.

—No le distingo, *sheriff*.

—Yo diría que lo he visto pasar…

—Ha debido de equivocarse.

—Sí, tal vez sí… Estoy demasiado nervioso.

Y cerró un momento los ojos.

Pero Buchanan no se había equivocado.

Porque el hombre que había estado unos segundos en el primer piso, escabulléndose luego como una serpiente, era realmente Kid.

Kid avanzó por un sector solitario de la ciudad de Meridian. Era una zona tranquila donde estaban instaladas un par de industrias de transformación de productos agrícolas. La más importante estaba montada sobre dos grandes pabellones en cuya puerta se leía «Nueva Compañía de Tabacos del Sur».

Kid conocía aquella compañía. De oídas, naturalmente. Sabía que la guerra la había hecho crecer desmesuradamente. Que una serie de ricos capitalistas del Sur la dominaban. Y que en los campos de tabaco habían sido obligados a trabajar en salvajes condiciones, como si fueran esclavos, muchos prisioneros de guerra.

Kid avanzaba lentamente entre la penumbra.

De pronto, aquel machete casi se hundió en su columna vertebral. La respiración caliente del que le estaba amenazando le llegó a la nuca.

—Poco a poco, amigo.

Kid ya no se movió.

Sólo alzó las manos lentamente.

—¿Qué pasa? ¿No se puede entrar aquí?

—No cuando la fábrica está cerrada.

—Quiero ver al señor Pitter.

—El señor Pitter nunca recibe visitas.

—¿Cómo que no? Me ha dicho que viniera a verle.

—Me extraña, pero lo comprobaremos enseguida. Avanzaron hasta una garita que pasaba desapercibida porque estaba envuelta en sombras. Allí había otro guardián con un rifle montado.

Los vio venir y les apuntó.

—¿Qué pasa Glem?

—Este tipo dice que el señor Pitter le ha citado.

—Pronto lo veremos.

Y el de la garita destapó un tubo que colgaba del techo y que debía de ser un tubo acústico, muy parecido a los usados en los barcos, para comunicar las máquinas con el puesto de mando. Acercó la boca y haló por él.

—Señor Pitter…

—¿Qué hay?

—Aquí un tipo que dice que estaba citado a esta hora con usted.

—¡Yo no estoy citado absolutamente con nadie! ¿Cómo se llama ese fulano?

—No lo sabemos, señor Pitter. Pero no importa, porque pronto, escupirá su nombre… y algo más. Descuide señor Pitter, nos ocuparemos de él.

Y el que estaba detrás de Kid, con el machete acariciándole las costillas, hizo un elegante gesto cargado de indiferencia. Como el que pincha una fruta.

Sólo que en este caso la «fruta» era Kid. Y el pinchazo consistía en atravesarle de parte a parte con el machete.

El individuo no estaba dispuesto a perder un segundo. Era un fanático de la acción directa.

Kid también.

Kid se había lanzado hacia adelante con una rapidez increíble, en centésimas de segundo, cuando el tipo del rifle dijo que se ocuparían de él. Fue tan instantáneo que el otro no pudo preverlo. Cuando fue a hundir el machete, lo hundió en el aire.

Kid, que estaba en el suelo, levantó las dos piernas a un tiempo, poniéndose casi vertical, como si se apoyara sólo en su cabeza. Las dos botas encontraron en su camino la mandíbula del tipo del machete, quien cayó hacia atrás mientras soltaba el arma.

El del rifle había tenido el tiempo justo de volverse.

Tardó unos instantes en darse cuenta de lo sucedido, a causa de la oscuridad que los rodeaba. De pronto, vio a Clem caer. Se echó el

rifle a la cara y fue a disparar contra la silueta, la que ya estaba en el suelo, dando vueltas sobre sí misma.

No llegó a apretar el gatillo.

Creyó que lo había hecho, pero cuando cerró el índice ya tenía el machete clavado en el corazón. Era el machete de Clem. Kid se había apoderado de él, lanzándolo con un solo, seco y tajante movimiento.

Comprendió al instante que aquel hombre no le daría más trabajo.

El machete la había atravesado de tal forma que la punta le salía por la espalda.

Pero Clem, mientras tanto, se estaba reanimando después del doble punterazo en la mandíbula. Intentó llevar la mano al revólver que sobresalía de su funda.

Tampoco pudo hacerlo.

Cuando tocó la culata, Kid ya estaba sobre él. Un brutal golpe con el antebrazo le destrozó la nariz. Clem lloriqueó mientras de todos modos intentaba sacar el revólver.

Ahora Kid le golpeó alternativamente dos veces con el canto de la mano plana.

Le golpeó en la parte delantera del cuello.

Fue suficiente. Clem ya no se movió más. En sus labios se dibujaba una mueca agónica.

Kid se puso de pie poco a poco. La penumbra le rodeaba, pero adivinaba en ella la presencia de otros invisibles enemigos. Tenía que acabar pronto o no saldría vivo de allí.

Se acerco a la garita y examino el tubo acústico.

Era fácil adivinar la dirección que seguía El despacho de Pitter tenía que estar casi encima. Vio efectivamente unos débiles rayos de luz filtrándose por entre los postes de una ventana cerrada.

Distinguió también unas escaleras que subían Ascendió por ellas, procurando no hacer ruido, pero los viejos peldaños crujieron. De pronto, cuando Kid ya estaba a punto de llegar al rellano del primer piso, alguien abrió una puerta. Pudo distinguirse a la luz del interior la silueta de un hombre que llevaba un Colt en la mano.

Se movía con una cierta dificultad, arrastrando la pierna izquierda.

Disparó dos veces.

Las balas mordieron la pared, junto a la cara de Kid.

Éste cerró los ojos instintivamente, mientras se dejaba caer sobre los peldaños.

Pitter se introdujo otra vez en el despacho, al ver que no había alcanzado a su enemigo. Kid subió los peldaños que le faltaban con un silencioso salto de tigre.

Empujó la puerta, pero estando siempre pegado al suelo. Vio confusamente un despacho bien amueblado y la silueta de un hombre.

Pitter disparó otras dos veces nerviosamente, demostrando que no era un buen tirador. Estaba acostumbrado a que otros mataran por él. Las balas rozaron a Kid, pero no llegaron a perforarle, a pesar de que durante unos segundos había sido un blanco fácil.

Kid disparó también, pero las balas se empotraron en la pesada mesa que había entre él y su enemigo. Éste se había agazapado a tiempo. Y huyó con una agilidad insospechada, teniendo en cuenta que arrastraba su pierna izquierda.

Kid se lanzó sobre la mesa.

Antes de desaparecer, Pitter le había enviado como obsequio el resto de su cilindro. Tres balas más hendieron el aire. Y si la pesada mesa había salvado antes a Pitter, ahora salvó a Kid.

El joven la volcó.

No veía ya a su enemigo. Pero éste disponía de otro revólver y seguía vomitando plomo. Kid pudo ver la puerta que había más allá de la mesa. Y un largo y oscuro pasillo en el que brillaban los fogonazos.

Dio otro salto de tigre, tratando de llegar a aquel pasillo. Una bala le acarició el cuello. Kid envió hacia allí sus dos últimas balas.

Oyó un gemido.

Fue un gemido de muerte.

Pitter giró sobre sí mismo, la pierna izquierda le falló y cayó estrepitosamente a tierra.

Kid avanzó poco a poco, mientras recargaba el revólver con hábiles y silenciosos movimientos. Caso de moverse Pitter, hubiera recibido otros nuevos y definitivos balazos.

Pero ya no se movió.

Uno de los plomos le había atravesado el cerebro.

Kid avanzó hasta él y abrió con el pie otra de las puertas del

pasillo. Vio una habitación bien iluminada donde no había nadie. La luz que llegaba desde allí le permitió ver el cuerpo de Pitter.

Y comprendió que ya no tenía que preocuparse más de él. Lo único que debería preocuparle era salir de allí.

Se oían gritos en otros lugares de la factoría.

Los disparos habían llamado la atención. Y Kid supuso que era cuestión de dos o tres minutos que aquello se llenara de gente. Corrió hasta llegar a una de las ventanas.

No se detuvo. Saltó contra ella, reduciéndola a astillas.

Estaba a la altura de un primer piso. Cayó bien, flexionando las piernas, y desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO VI

Dos hombres armados con rifles llegaron junto al cadáver de Pitter. La luz que irradiaba de la habitación abierta les mostró sus facciones crispadas y el impacto de la bala en la cabeza. Pitter aún tenía el revólver desesperadamente sujeto con ambas manos. El índice derecho estaba crispado sobre el gatillo.

Los dos hombres le miraron con asombro.

Parecían no entender cómo un tipo como él había podido ser liquidado con tanta limpieza.

Uno de ellos masculló:

—Es… ¡es imposible!

—¡Había dos hombres que lo vigilaban! ¡Y uno de ellos era Clem, un pistolero de los que nunca fallan!

—Cuando lo sepa el jefe va a… ¡va a acabar con todos nosotros!

En aquel momento dos figuras aparecieron en el umbral del despacho. Los rifleros volvieron hacia ellas sus armas. Pero ninguno disparó cuando vieron brillar quedamente las estrellas del *sheriff* de su ayudante.

Buchanan avanzó poco a poco.

—Quietos, amigos. Métanse en las narices las bocas de los rifles. No me gusta que me apunten.

Los rifleros bajaron sus armas.

—*Sheriff*… ¿qué hace aquí?

—Pasaba por las cercanías cuando he oído disparos y he corrido hasta aquí. Me temo que todo esto tenga relación con el tipo que estoy buscando.

Y miró fijamente a los rifleros.

—¿Quiénes son ustedes?

—Vigilamos la factoría de tabacos. El señor Pitter era uno de los

jefes.

—Vaya… ¿Para vigilar una factoría de tabacos hace falta tanta artillería?

—Aquí hay dinero. No queremos que nos atraquen.

—¿Y los dos tipos de abajo? ¿También vigilaban?

—¿Qué les pasa?

—Están muertos —masculló uno de ellos—. Yo juraría que se trataba de un hombre solo…

—Yo también lo juraría —susurró el *sheriff* Buchanan.

El ayudante miró al cadáver y susurró:

—*Sheriff*…

—¿Qué?

—Ese hombre…

—Sí, ya le conozco. Era Pitter, uno de los dueños de la factoría. Un tipo que no se sabe de dónde llegó ni hacia dónde iba.

—Yo quería hablarle de otra cosa, *sheriff*. ¿Usted ha visto andar a este tipo?

—Sí. Creo recordar que arrastraba la pierna izquierda. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Espere.

El ayudante arrancó una de las botas al cadáver. Arrancó también el calcetín. Y se vio entonces que al pie le faltaban casi totalmente los dedos. Pero no era aquélla la única mutilación que sufría. Diríase que, en otro tiempo lejano, el pie había sido mordido por mil insectos. Y las pequeñas y crueles heridas no habían llegado a cicatrizar del todo.

Buchanan musitó:

—Dios santo… No acabo de entenderlo.

—Yo tampoco, pero recuerdo algo —dijo su ayudante—. Es como una corazonada. No me hagas caso, pero escúchame.

—Habla.

—Pitter siempre trató con esclavos. Era uno de los tipos más odiados del Sur. Oí decir que había realizado auténticas matanzas.

—Yo también había oído decir lo mismo. Y no creas que me disgusta verlo así, muerto y con las patas tiesas. Pero aclara de una vez lo que estabas pensando.

—Cierta vez, unos esclavos negros a los que conducía se sublevaron y lograron apresarle. Debieron haberle matado entonces,

pero los muy imbéciles querían hacerlo sufrir. No pensaron que Pitter era uno de esos tipejos con los que no se puede perder el tiempo. Una bala y a otra cosa. Pero en lugar de eso le desnudaron los pies y le introdujeron el izquierdo en un nido de hormigas rojas. Pensaron que lo irían devorando vivo poco a poco, y que su agonía duraría días enteros. Y así hubiera ocurrido de no salvar a Pitter, horas más tarde, unos amigos que venían tras él. El único recuerdo que le quedó de aquello fue un pie semi destrozado, y que ya no pudo mover bien nunca más.

El *sheriff* Buchanan le había escuchado con la mayor atención. Y con los ojos entrecerrados.

Al fin, balbució:

—No puede ser…

—Supongo que está pensando lo mismo que yo, *sheriff*.

—Sí… aquella maldita canción… ¿Cómo decía?

—Creo que algo así como: «Cuando sentía sus besos…, sus caricias, sus miradas, me envolvían, mil hormigas me mataban».

—Mil hormigas… —masculló Buchanan, mientras crispaba los puños—. ¡Mil hormigas…! ¡Infiernos! ¡No puede ser!

Y corrió hacia la puerta como un loco.

CAPÍTULO VII

Irma se estaba cambiando de vestido detrás del biombo. Había terminado ya su actuación.

La puerta se abrió repentinamente.

Irma se sobresaltó porque el golpetazo había sido tan fuerte que incluso tuvo la sensación de que iban a derribarla.

Vio en el umbral a un hombre alto, con las facciones desencajadas y que llevaba una estrella sobre la camisa.

Irma hizo un gesto de desdén, mientras se ponía el vestido sobre los hombros.

Buchanan entró.

—Podía haberse molestado en llamar —dijo ella despectivamente—. Un poco más y me encuentra como vine al mundo.

—Quiero hablar con usted.

—¿De qué?

Buchanan se sentó en una de las butacas del camerino.

—Quiero saber de dónde saca las letrillas de sus canciones —dijo.

—¿Tanto le gustan?

—Son vulgares, pero hay muchas cosas que me llaman la atención de ellas.

—¿Por ejemplo?

—No sé… Algunas palabras.

—Concrete más.

—Pues…, por ejemplo, me llama la atención la referencia a las hormigas. O la referencia a un chaleco floreado.

Irma, ya con el vestido puesto sobre su cuerpo palpitante, salió de detrás de su biombo, mientras se abrochaba. Hizo un gesto de

impaciencia y al mismo tiempo de desdén.

—Está majareta, *sheriff*.

—¡Le prohíbo que me hable así!

—¿Y de qué manera voy a hablarle? Hace sólo un año que me dedico a cantar, pero ya he tenido que aprenderme docenas y docenas de letrillas. ¿A qué viene esto ahora?

¡Menuda tontería!

Buchanan se mantuvo impasible, mientras preguntaba:

—¿Quién se las escribe?

—¡Yo qué sé! Mucha gente. Hay tipos que me las ofrecen, en todas las poblaciones a las que voy. Las que me gustan me las quedo y las pago. Luego, el pianista del saloon de turno se encarga de ponerlas en solfa, y yo las ensayo un par de días antes de salir al escenario. Las que tienen éxito las incorporo a mi repertorio permanente, pero… ¡Bueno, en el fondo lo mismo da! ¡La gente ni me escucha! ¡La gente sólo quiere que le enseñe esto!

Alzó velozmente su falda y dio una especie de doble puntapié al aire con sus maravillosas piernas. La visión duró apenas un relampagueo, pero aún así, Buchanan estuvo a punto de pegar un brinco.

—¡Bah…! —terminó Irma; con un gesto de hastío—. ¡Estoy harta de todo esto! Y ahora lárguese.

Le señaló enérgicamente la puerta.

Buchanan no se movió, sólo oyó su voz:

—¿Conoce a Kid?

—¿A quién?

—¡A Kid!

—¿Quién es?

—¡Un asesino!

Irma hizo un gesto de desdén.

—Aquí sólo he conocido vaqueros borrachos, banqueros viciosos y viejos verdes, pero nunca a un asesino… ¡Vamos! ¿De qué me habla?

—Tiene razón, no sé de qué le hablo. Tal vez todo esto no sean más que imaginaciones mías. Pero tenga cuidado, Irma, si es que conoce a Kid. Usted es demasiado joven y demasiado bonita para morir.

—¿Y por qué habría de morir?

—Kid es el peor asesino que se mueve en estos momentos sobre el suelo del Mississippi.

—Váyase al diablo, *sheriff*. Los hombres no quieren matarme, quieren otra cosa.

Buchanan se levantó y fue poco a poco hacia la puerta.

—De todos modos, tenga cuidado, Irma. No crea que voy a dejarla suelta.

Abrió la puerta y salió.

Irma quedó quieta, muy quieta, en el centro del camerino.

Parecía petrificada, horrorizada por sus propios pensamientos.

El silencio la envolvía.

Al fin se oyó un chirrido.

Era la puerta de uno de los armarios al abrirse.

Se trataba de un gran armario empotrado en la pared, donde cabían docenas de vestidos. Porque en el umbral de aquella puerta apareció la figura de un hombre.

Kid musitó:

—Para ser una señorita de buena familia, lo has hecho muy bien, Irma. Cualquiera diría que eres una auténtica bailarina profesional. Una chica que sólo tiene piernas.

Ella le miró.

Sin pestañear.

Pero sus labios temblaban.

—Gracias a ti he tenido un buen refugio en la ciudad —continuó Kid tranquilamente—. Ha sido inútil que el *sheriff* me buscara. Pero ya ves que las cosas se están complicando ahora.

Ella dijo con esfuerzo:

—Sí, ya lo he visto.

—Pero vas a tener que aguantar. No hemos hecho más que empezar, muñeca.

Ella tembló bruscamente. No sólo sus labios. Ahora temblaba todo su cuerpo.

Con expresión tensa, dijo:

—No voy a poder resistirlo.

—Pues me temo que no quede otro remedio.

—¡No voy a poder! —gimió ella—. ¿Y sabes por qué? ¡Porque me das asco! ¡No puedo soportar a un asesino como tú! ¡Has nacido para matar y no sabes hacer otra cosa! ¡Me das asco, asco, asco…!

Había perdido el control de sus nervios. Los ojos se le salían de las órbitas. Sus rodillas parecían incapaces de sostenerla.

Kid temió que la oyeran desde más allá de la puerta.

Fue a hacerla callar, pero Irma movió sus dos manos. Las movió con insospechada fuerza. Los dos impactos resonaron de lleno en la cara de Kid. De los labios de éste brotó la sangre.

Irma cayó de rodillas mientras gemía:

—Me das… asco…

Kid apretó los labios, pero no dijo una sola palabra más.

Ni siquiera miró a la muchacha, que seguía de rodillas y con lágrimas en los ojos.

Salió cuidadosamente, cerrando a su espalda la puerta.

CAPÍTULO VIII

El tipejo parecía haber llegado de las más remotas profundidades del Oeste, huyendo de la guerra. Y de todos modos, la guerra no debía disgustarle, porque iba más armado que un regimiento de artillería. Pero estaba borracho. Lo único que debía interesarle de momento era entendérselas con una botella.

Dormitaba tranquilamente, apoyado en un tronco.

Kid bajó del caballo y se acercó a él.

—Eh, amigo…

El vaquero se levantó y miró como alucinado frente a sí, hasta distinguir con claridad la figura de Kid.

—¿Quién es usted? —masculló—. ¿Qué busca?

—Usted tiene pinta de llevar al menos tres días por aquí.

—Sí, amigo. Tres días y tres noches. Éste es un sitio donde nadie me molesta.

—Por aquí no pasa nadie, ¿verdad?

—Apenas nadie.

—Pero quizás ha observado aquella casa. ¿No se acercó a ella ni un alma?

Y el brazo izquierdo de Kid se alzó poco a poco. La mano señaló la casa que estaba en lo alto de la colina.

Era una casa grande, pero siniestra.

Parecía batida por todos los vientos y por todas las tempestades.

El vaquero parpadeó.

—¿Por qué señala aquella casa? No me gusta.

—No le gusta a nadie, ¿verdad? —susurró Kid.

—A nadie.

—¿No se acercan a ella?

—No.

Kid se puso un cigarro entre los labios. No lo encendió. Sus ojos metálicos brillaban extrañamente.

—Busco a Marian Graw —dijo.

El vaquero parpadeó.

—No sabe de qué habla —gruñó roncamente.

—¿Por qué?

—Verá… Uno está aquí bebiendo, tumbado como un bicho, convertido en un borracho asqueroso… Nadie se fija en él. Pero uno oye… Oye, por ejemplo, a la gente que pasa. ¿Y sabe lo que dice la gente? Que allí vive una tal Marian Graw. Una mujer muy bonita. Pero nadie se acerca.

Los ojos de Kid se habían entrecerrado hasta parecer dos pequeñas rendijas en su rostro. Pero eran como dos rendijas de plomo.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué no se acerca nadie?

—¿No lo sabe?

—No.

El borracho terminó de tragar los últimos restos de su botella antes de decir:

—Pues porque Marian Graw está leprosa…

Kid dejó el caballo cerca del vaquero abrazado a la botella. La casa al fin y al cabo no estaba demasiado lejos.

Desde el pie de la colina la miró mejor.

En aquella siniestra casa estaba Marian Graw.

Kid avanzó poco a poco, aunque sin tomar especiales precauciones. No esperaba que allí sucediera nada.

Los recuerdos se agolpaban en su mente.

Eran los recuerdos de otra época más feliz. Recuerdos en los que aparecía mezclada la imagen de Marian Graw.

Cuando de Marian aún no se decía que era una leprosa…

Fue aquella piedra al rodar desde lo alto de la colina lo que le advirtió. Alguien estaba arriba, alguien que vigilaba y que acababa de dar un resbalón.

Kid obraba por instinto. No pensaba muchas cosas antes de hacerlas, y eso le permitía obrar con una fulminante rapidez. Mientras la piedra resbalaba colina abajo, él ya se pegaba al suelo.

La bala también resbaló colina abajo.

Si Kid llega a dudar un segundo, el plomo le hubiera alcanzado.

Oyó el aullido pasar a un palmo por encima de su cabeza. Luego, al mirar hacia arriba, distinguió un fogonazo. El joven se pegó aún más al suelo, mientras lanzaba una imprecación.

Extrajo el revólver con calma, tratando de situar la posición de su enemigo. De momento, era uno solo, y manejaba un rifle. Lo oyó crepitar de nuevo, y al instante captó el pitido de la bala. Ésta se estrelló en una roca, enviando esquirlas a la cara de Kid.

Pero Kid ya ni se enteró. Tenía el revólver sujeto con ambas manos para afinar mejor la puntería.

Disparó una sola vez.

El tipo que estaba en lo alto, armado con un Winchester, lo soltó mientras emitía un aullido. Dio un extraño salto y rodó colina abajo como antes había rodado la piedra. Kid se entretuvo en verlo caer, ni se movió tampoco, por si había otro enemigo.

Aguardó unos instantes.

Estaba en buena situación y no quería precipitarse.

Pero el silencio lo envolvía ahora. No parecía haber ningún enemigo más.

Trepó poco a poco por la colina, hasta llegar al sitio donde se había detenido el cadáver. Lo hizo girar un poco con el pie, para verle la cara, y llegó a la conclusión de que no lo había visto jamás.

Se notaba que era un pistolero profesional, como él.

Kid lo olvidó para seguir ascendiendo. De cerca, la casa era más siniestra aún de lo que parecía desde lejos.

En otro tiempo debió haber sido lujosa; quizás era la residencia de un hacendado que dominaba toda la comarca. Pero ahora el tiempo y los avatares de la guerra la habían convertido en una ruina.

Kid avanzó poco a poco, con el revólver en la mano.

—¡Marian! —llamó—. ¡Marian!…

No obtuvo respuesta.

Pero aquello tenía, sin embargo, una extraña belleza.

Una belleza casi fantasmal.

Kid no tuvo tiempo de contemplarla, porque en aquel momento sintió algo en el cráneo.

Aquel mazazo terrible.

Y el suelo ascendió vertiginosamente hacia él, mientras de la garganta del joven escapaba un leve gemido.

No estuvo demasiado tiempo así, sin sentido. Fue también su instinto el que le advirtió. Oyó aquellas voces que le parecían tan lejanas, pero que debían sonar casi encima de él.

—Sí… Es él.

—¿Seguro?

—Completamente seguro. Además, es tan peligroso como nos habían dicho. Acaba de matar a Lañe…

—¿Pues a qué esperamos?

—Hay que acribillarle.

—Nunca ha sido tan fácil hacerlo. Hala, hay que tirar a la cabeza.

—Yo primero.

Kid sentía un terrible dolor en la cabeza, pero se daba cuenta de todo. Aquello era más que un asesinato, era una ejecución. Oyó el roce de las ropas de uno de sus enemigos, que se inclinaba para rematarle.

Y de pronto, Kid, que estaba caído de bruces, movió hacia arriba la pierna derecha.

Lo hizo con puntería y, además, con una fantástica fuerza. Fue un golpe atroz. El pistolero, cazado en la entrepierna, se retiró con un aullido de dolor, mientras disparaba instintivamente al aire.

El otro masculló:

—¡Apártate, idiota!

Lo hizo para tener el campo libre y poder disparar contra Kid. Pero cuando ya le apuntaba, tuvo una brutal sorpresa.

Kid le apuntaba también, por debajo del codo izquierdo.

Y fue más rápido en disparar.

El pistolero se tambaleó, alcanzado en la mandíbula, mientras su compañero, dominando el dolor que sentía en el bajo vientre, corría a situarse de nuevo en posición de tiro.

No llegó a hacerlo.

Y tampoco sintió más dolor.

La bala disparada por Kid desde el suelo le atravesó el corazón de parte a parte, haciéndole chocar contra la pared y caer luego de bruces. Kid se levantó de un salto.

Hizo girar el revólver.

Pero ya no había más enemigos, al menos en lo que su vista podía abarcar.

Salió de aquella habitación y terminó de registrar la casa. En una de las piezas distinguió una cama muy bien hecha, y un armario en el que había algunas prendas finas de mujer. También en el tocador distinguió un par de botellitas de perfume.

Todo aquello debía de pertenecer a Marian Graw.

Pero Marian Graw no estaba.

La llamó inútilmente, hasta enronquecerse la voz.

Luego salió de la casa.

Había tenido que matar a tres hombres, cuando en realidad esperaba que allí no sucediese nada. ¿Pero por qué todo aquello? ¿Dónde estaba Marian Graw?

Kid no acababa de entenderlo.

Pero sus problemas no habían hecho más que empezar. Porque justamente cuando estaba pensando aquello, otra bala pasó junto a su cabeza.

CAPÍTULO IX

Kid no tenía tiempo de pegarse al suelo otra vez. De nada iba a servirle. Había bajado ya de la colina pedregosa y estaba en terreno liso, sin protección posible. Además, el que acababa de disparar estaba ya prácticamente encima de él.

Llegaba lanzando a un galope rabioso.

Y no estaba solo. Tras él venían otros dos hombres, todos ellos luciendo estrellas.

El del centro era el *sheriff* Buchanan.

—¡Entrégate, Kid! —aulló el *sheriff*—. ¡Entrégate de una vez, maldito!…

Kid empuñó el revólver.

—¡Ven a buscarme!…

Pero no tuvo tiempo de decir más. En aquel momento, el comisario que venía lanzado se arrojó sobre él, lo abrazó y los dos rodaron estrepitosamente por tierra.

Caso de estar Kid en buenas condiciones, aquel individuo no hubiera dado ningún salto más por lo menos en una semana.

Pero a Kid aún le dolía terriblemente la nuca, después del culatazo que le dejó sin sentido por unos momentos dentro de la casa.

Difícilmente pudo arquear las piernas y dispararlas luego a un tiempo, enviando por los aires a aquel tipo que trataba de montársele encima.

El comisario salió despedido.

Lanzó una imprecación, chocó de cabeza contra una piedra y quedó quieto. No iba a causar más preocupaciones por el momento.

Pero estaban los otros dos, y uno de ellos era el *sheriff* Buchanan.

Fue Buchanan el que disparó el puño derecho.

Kid, que se había puesto en pie, fue alcanzado de lleno. El golpe hubiera tumbado a un buey, pero no le tumbó a él. Se mantuvo a pie firme.

Y disparó también su puño derecho.

Aunque alcanzó bien a Buchanan, su impacto no tuvo la fuerza de otras veces.

Buchanan también aguantó en pie.

Disparó ahora sus dos puños alternativamente. Kid intentó cubrirse, pero sólo lo consiguió en parte. Mientras giraba sobre sí mismo a consecuencia de los impactos, el otro ayudante del *sheriff* se unió a la fiesta.

Sus dos puños buscaron también el rostro de Kid.

Éste lanzó un fantástico zarpazo.

Y el ayudante rodó por tierra.

Pero eso le dio facilidades a Buchanan. Kid no pudo cubrirse ante sus nuevos golpes.

Cayó a tierra sintiendo que el mundo entero daba vueltas en torno suyo.

Las piernas ya no le sostenían. No volverían a sostenerle hasta al menos cinco minutos después.

Pero su ánimo no había decaído. Sonrió con insolencia al *sheriff*.

—¿Qué pasa, Buchanan? ¿No se anima? ¿Por qué no dispara de una condenada vez?

El *sheriff* rechinó los dientes.

Extrajo el revólver y apretó espasmódicamente la culata, mientras apuntaba a la cabeza de Kid.

Éste seguía sonriendo.

Desafiándole con la mirada.

—Hala, Buchanan, dele el gusto al dedo. ¿A qué espera? Yo no lo pensaría tanto.

Los dientes del *sheriff* volvieron a rechinar.

Dio la sensación de que iba a apretar el gatillo, pero se detuvo en el último segundo.

—¡No puedo olvidar que te debo la vida! —masculló—. ¡No te puedo matar así, a sangre fría! ¡Pero lárgate, maldito bastardo! ¡Lárgate!…

—No voy a hacerlo, *sheriff*. Me quedaré en Meridian hasta que haya terminado.

—¿Terminado qué?…

—Mi trabajo.

—Es un trabajo siniestro, supongo…

—Bastante.

—Pues voy a hacer algo que tampoco me gusta hacer, Kid, pero acabo de tomar la decisión. Hasta ahora me ha detenido el hecho de que me salvaras la vida, pero supongo que ésa fue una maniobra por tu parte. De modo que volverás a estar entre rejas. Y desde aquí serás trasladado a Yuma en las condiciones de máxima seguridad. Te lo juro…

Kid tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

No parecía preocuparle demasiado lo que acababa de oír, aunque si volvía a estar entre rejas eso significaría su total fracaso.

—Muy bien, Buchanan, venga a buscarme.

—Acércate tú. No puedes elegir. Te estoy apuntando.

Kid sonrió de nuevo secamente.

Se acercó.

Buchanan hizo girar rápidamente el revólver en la derecha, empuñándolo por el cañón. Así la culata le quedaba libre. Fue a descargarla sobre la cabeza de Kid.

Pero éste no estaba dispuesto a recibir más.

Y no estaba tampoco dispuesto a entregarse.

Bruscamente se ladeó mientras la culata se estrellaba contra su hombro derecho. Sintió un vivísimo dolor, pero eso no le impidió realizar el segundo movimiento previsto. Ese movimiento consistió en golpear rápidamente, con un tacón, la parte posterior de la rodilla derecha del *sheriff*.

Éste vaciló.

Un golpe propinado con el canto de la mano derecha envió a Buchanan a tierra.

Todo había sido tan rápido que éste aún no comprendía lo sucedido. Intentó girar el revólver de nuevo.

Un puntapié de Kid lo envió lejos, por los aires, causando al mismo tiempo un terrible dolor en los dedos del *sheriff*. De los dos ayudantes de éste, uno se hallaba sin sentido aún. El otro alzó el revólver.

Pero no pudo disparar.

Kid había dado un salto, pegándose al costado de uno de los

caballos. De repente, desapareció del campo visual del comisario. Éste disparó al fin hacia el borde superior de la silla, con la esperanza de alcanzar alguna de las manos de Kid.

Pero el caballo ya huía. El comisario vaciló unos segundos, no sabiendo si atender al *sheriff* o lanzarse en persecución de Kid.

Buchanan masculló:

—¡Tenemos dos caballos! ¡Hay que seguirlo!

Los dos saltaron a lomos de los animales. Kid llevaba ya un centenar de yardas de ventaja. Montó ya del todo la silla y picó espuelas, dirigiéndose hacia unos enormes campos de maíz que había más allá de unas rocas.

Buchanan gritó:

—¡Si llega allí se escapará! ¡Hay que tumbarle antes!

Y disparó, siendo imitado por su ayudante.

Pero Kid era un verdadero diablo haciendo quiebros con su caballo. Era como un baile increíble. El caballo saltaba de costado, rebrincaba… No estaba ni tres segundos en el mismo sitio.

Pronto pasó la zona rocosa y se perdió en el maizal.

Era lo que había temido el *sheriff*.

Una vez allí, Kid saltó de la silla y se perdió entre los altos tallos. Naturalmente, se veía al caballo, pero no se le veía a él. Y el movimiento que causaba el corcel al correr alocadamente de un lado para otro impedía seguir la pista de Kid por el vaivén de los tallos.

El fugitivo llegó fácilmente al otro lado del campo. Los dos hombres que le perseguían estaban tan perdidos en él como dos nadadores en el océano, sin saber a dónde dirigirse.

No podían hacer nada.

Kid corrió por una zona descubierta, ya mucho más tranquilo, y llegó a otro sector rocoso que ya limitaba casi con los grandes apartaderos de ganado que había al sur de la ciudad, y que constituían en realidad un laberinto en el que también podía ocultarse un hombre.

Así llegó a Meridian.

Procurando no ser visto, se dirigió a la parte posterior del hotel más importante de la ciudad. Trepó en silencio por la pared, valiéndose de unos salientes que ya parecía tener muy bien estudiados, y llegó hasta una ventana de guillotina, medio alzada,

por la que entró.

La habitación estaba muy bien amueblada.

Era, sin duda, la mejor del hotel. Y se notaban en ella algunos detalles femeninos bastante esenciales, como, por ejemplo, las finas ropas de seda dobladas sobre el borde superior del biombo.

Kid se sentó en una de las butacas.

No estaba cansado en absoluto, pero sí preocupado.

Una nube de sombríos pensamientos parecía flotar sobre él. En sus ojos apareció un brillo peligroso.

Y de pronto, la puerta de la habitación se abrió.

Una mujer entró en ella, cerrando a su espalda, sin darse cuenta de que allí había alguien más. Pero al momento se llevó la mano a la boca, ahogando un gemido.

—¡Kid!…

—No sé de qué te sorprendes, muñeca. Habíamos acordado en que tu camerino o esta habitación serían mi refugio. Ya sabes que hasta ahora nadie me ha buscado aquí.

Irma se estremeció.

En sus ojos brilló una chispita de desprecio.

—Ya estoy harta de ti…, ¡asesino!

—Me has llamado eso demasiadas veces, muñeca.

—¡Te llamo lo que eres!

Kid hizo un gesto de resignación.

—Debiste pensarlo antes, cuando te ofrecieron este arreglo. Si no te gustaba tratar con asesinos, pudiste entonces haber dicho que no.

Irma dejó sobre una mesa el bolso que llevaba en su mano derecha.

Dijo, quedamente:

—No es lo mismo oír hablar de un asesino que convivir con él. No es lo mismo saber que tiene que matar a ciertas personas que ver a esas mismas personas muertas en la calle, bañadas en su propia sangre.

—Tampoco para mí es agradable —dijo Kid.

—¡Pero no te importa hacerlo! ¡Éste es para ti un trabajo como cualquiera!

—Sí. Reconozco que es un trabajo casi rutinario.

Ella se estremeció de un modo casi brutal, antes de tensar todo

su cuerpo como un arco.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Te odio!

Y golpeó a Kid con la mano abierta en plena cara.

El chasquido resonó en la habitación, pero Kid ni siquiera parpadeó.

—Es la segunda vez que me pegas, preciosa —dijo—. Y me gustan tus manos, pero no cuando se mueven a esa velocidad.

—¡Pues aún no has visto nada! —barbotó ella.

Y volvió a golpearle otra vez, con todas sus fuerzas. Kid se levantó. Irma siguió golpeando, pero ahora en el pecho, en el cuello, en las cejas.

Kid tampoco se movía.

Tampoco pestañeaba.

Hasta que sus manos subieron a la altura de los brazos de la muchacha. Hasta que los frenaron como si las manos de Kid fueran dos garfios de acero. Hasta que ella quedó quieta, jadeante, temblorosa, vencida.

Kid musitó:

—Ya basta… Ya es suficiente, preciosa.

E inclinó la cabeza.

Fue algo brusco, casi inesperado. Algo que quizás él no buscó, y que Irma, por supuesto, no pudo prever.

Sus labios se encontraron.

Fue un beso duro, tenso.

O no fue un beso.

Quizá fue un choque brutal de sus voluntades, un desafío, algo que sellaba el odio a muerte de los dos.

Poco a poco ella se soltó. La presión de las manos de Kid se había aflojado.

Irma se retiró, retrocediendo hasta la pared. Sus espaldas chocaron con ella. Daba la sensación de estar aún acorralada.

Se llevó poco a poco la mano derecha a la boca, como si los labios le quemasen.

—Miserable… —balbució.

—Lo siento —musitó él—. Ha sido sin darme cuenta.

—Me has besado… Me has besado cuando estás prometido a otra mujer…

—Es cierto —musitó Kid, pensativamente—. Estoy prometido a

Marian Graw. Íbamos a casarnos esta primavera…

CAPÍTULO X

Una pesada losa de plomo pareció abatirse sobre los dos. Parecía como si aquellas sencillas palabras hubieran creado una tensión dramática entre ambos.

Dejaron de mirarse. Kid anduvo unos pasos por la habitación, con la barbilla hundida sobre el pecho. Al fin produjo un chasquido con dos dedos a su derecha.

—Marian es una buena muchacha —susurró—. Mejor muchacha que tú. Porque tú, Irma, eres al fin y al cabo una orgullosa señorita del Sur. Vete al diablo.

Y se dirigió a la puerta.

Pero algo le detuvo. Con la mano en el pomo, sin girarlo aún se volvió lentamente.

—Y sin embargo… —musitó.

Irma se había vuelto hacia él.

—¿Y sin embargo qué? —preguntó con voz tensa.

—Ha habido un momento en que me ha parecido que eras algo más que una señorita del Sur. Ha habido un momento en que me has parecido toda una mujer. Pero olvídalo.

Y salió.

Irma le llamó en el último segundo.

—¡Espera!

Pero él ya no la oyó. O no quiso oírla.

No podía negar que estaba en situación difícil.

El *sheriff* le buscaba, y además aún tenía varios enemigos en Meridian. No era sólo Buchanan. También existían otros tipos que le obligarían a matar…

Avanzó a lo largo de una calle secundaria, por la parte posterior de las casas.

Y de pronto vio aquel carruaje.

Era una diligencia sin caballos, levemente inclinada, pues dos de sus ruedas se hundían en un desnivel.

Debía de estar allí para ser desguazada, pese a que aún era relativamente nueva. Pero no estaba vacía. Sino que dentro había alguien.

Kid vio el reflejo del rostro en la ventana.

Bisbiseó:

—Marian…

Abrió de un tirón la portezuela y se introdujo en el interior. La muchacha que estaba allí dentro, esperándole, vestía de negro. Llevaba un sombrero del que partía un espeso velo también negro, que le cubría la cara.

Kid repitió:

—Marian…

Y alzó poco a poco aquel velo. Sus dedos temblaban. Por un momento pensó que aquello era verdad, que iba a encontrar en sus ojos a una mujer leprosa.

Pero el rostro de Marian no tenía ninguna huella de la terrible enfermedad. Era un rostro terso, limpio. El rostro de una mujer que parecía esperar ser besada.

Kid no buscó sus labios. No supo por qué, pero algo le detenía. Se sentía medio paralizado por la emoción y también por la sorpresa.

—Marian —susurró—, ¿cómo estás aquí?

—He pensado que éste era un buen sitio para vernos sin que nadie lo notara.

—Pero teníamos que encontrarnos en la casa de la colina… Eso formaba parte del plan. He ido allí y por poco me liquidan. No sé ni cómo he podido salvarme.

—Han llegado varios pistoleros —dijo ella—. Supongo que me buscaban para hacer con mi piel lo mismo que querían hacer con la tuya. He tenido que huir.

Kid tomó las manos de la muchacha, apretándolas cálidamente.

—Es extraño todo esto —dijo—. Muy extraño. A veces aún no puedo creer que sea realidad.

—Todo ha cambiado demasiado, ¿verdad?

—Ha cambiado de un modo increíble —dijo Kid.

Y con los ojos perdidos en el cristal del vehículo, a través del que apenas se veía la calle, recapituló:

—Yo siempre he sido un hombre que vivió de su gatillo. ¿Para qué negarlo? Siempre he sido un pistolero. Pacificador de ciudades, protector de manadas por rutas peligrosas… Bueno, tú ya sabes. ¡Hace tantos años que me conoces! Pero siempre había sido un hombre que actuaba al lado de la Ley. Hasta que… hasta que maté a Lambert.

Ella retiró las manos poco a poco, mientras musitaba:

—¿Por qué recuerdas eso? Déjalo. Te hace daño recordar.

—Ya lo sé que hace daño… No quisiera acordarme de muchas cosas, pero ahora es imprescindible que lo haga. Cuando maté a Lambert, todo cambió. Lo hice en defensa propia y teniendo la razón de mi parte, porque Lambert no era sino un ladrón y un canalla. Pero era también muy poderoso, y los hombres que dependían de él, los hombres que medraban a su costa, no me lo perdonaron.

—Te transformaste en un fugitivo, pero el *sheriff* Buchanan te capturó, te condenaron a muerte y te enviaron a Yuma —susurró ella—. Todo un panorama para recordarlo… ¿Por qué no lo olvidas de una vez?

—No puedo, porque directamente desde Yuma he llegado aquí. Porque fue en aquella podrida cárcel donde me hicieron la proposición más increíble de mi vida. Me dijeron que un pistolero profesional como yo era el único que podía conseguirlo.

Ella guardó silencio.

Tenía la mirada perdida.

En voz baja, Kid continuó:

—Los generales Grant y Lee iban a reunirse en secreto para tratar de las posibilidades de paz. Pero había mucha gente a la que le interesaba la continuación de esta maldita guerra, gente que estaba dispuesta a liquidar a los dos generales o al menos a uno de los dos. Una verdadera banda de asesinos fue contratada por un jefe que aún desconocemos y congregada en esta ciudad. La orden que me dieron fue: «¡Deshaz ese grupo! ¡Mátalos a todos sin piedad! ¡Si lo consigues, no sólo habrás hecho un enorme favor a tu país, sino que conseguirás tu libertad!».

Apretó un momento los puños, mientras continuaba:

—Por eso vine aquí. En el camino me informaron de dos cosas sorprendentes: una, el *sheriff* que me capturó era el mismo que ahora estaba en Meridian. Dos, tú ibas a servirme de enlace en caso necesario, y también me protegerías si llegaba a hacer falta. Habrías llegado a la ciudad pasmando a todo el mundo con tu belleza, para, al cabo de unos días, pintarte unas manchas en las manos y decir que estabas leprosa. Todo el mundo se apartaría de ti. Podrías ir a vivir tranquilamente, solitaria, a aquella casa de la colina, a la que no se acercaba nadie. Ése sería un buen refugio si yo llegaba a necesitarlo. ¿Pero por qué te convencieron, Marian? ¿Por qué entraste en este juego macabro?

—Lo hice para ayudarte, Kid. Tú eres el único que me interesa en el mundo. Y si con mi intervención podías tener éxito y ganar la libertad, yo no podía negarme.

Acarició suavemente la mejilla izquierda de Kid con su mano.

El joven sintió la casi irresistible tentación de besarla. Pero se contuvo. No era el momento de pensar en el corazón. Cualquier enemigo podía verlos allí, y no era cuestión de que los sorprendiese distraídos.

Kid continuó:

—Naturalmente, no conocía a los hombres a los que debía matar, ni podía perder el tiempo en descubrirlos. De eso se encargaría una muchacha que ya llevaba tiempo aquí, una señorita del Sur llamada Irma, que gracias a su fuerza de voluntad se había transformado en una atractiva y espectacular cantante frívola. Irma había visto su casa destruida por la guerra, había visto sus padres desechos por las granadas en un duelo de artillería, sin saber en realidad quién era el responsable de su muerte: si el Norte o el Sur. Odiaba la guerra con toda su alma y estaba dispuesta a colaborar para que esa cuadrilla de asesinos no estropease la posible paz. Como una bailarina frívola oye muchas cosas y recoge muchas confidencias, podía llegar a saber perfectamente quiénes eran esos asesinos a sueldo. Una leve variación en la letrilla de las canciones me indicaba su identidad de una forma que yo sólo entendía. Luego era mi revólver el que tenía que hacer el resto.

—¿Pero por qué no te daba los datos directamente? —preguntó Marian, con voz donde parecía existir un trémulo de celos—. ¿No estuviste algunas horas oculto en su camerino?

—Naturalmente, me había hablado de esos dos tipos —dijo Kid —. Del tahúr del chaleco floreado que por fuera era blanco y del buitre esclavista al que las hormigas habían medio devorado un pie. Pero con la canción me confirmaba que ya podía actuar. Era ella, que conocía muy bien los movimientos de esos tipos, la que escogía el momento de la acción. Su canción era como un toque de trompeta: «Ya puedes actuar…».

Marian asintió.

—Comprendo. Pero has vivido… con esa mujer…

Kid se mordió el labio inferior.

No quiso decir que la había besado.

Quizá por eso, por un sentimiento de vergüenza, no quería ahora besar a Marian.

Ella, con típica intuición femenina, había notado aquella extraña tensión interior.

Musitó:

—Nada… —Kid hizo un esfuerzo por desviar la conversación—. Pensaba que está ocurriendo algo muy curioso. Buchanan y yo luchamos por la misma causa: él también tiene por misión lograr que esa conferencia de los dos generales se celebre y llegue la paz. Pero no sabe que yo estoy de su parte. Lo único que anhela es meterme entre rejas…

—¿Por qué no le hablas?

—Cuando me encargaron esta misión, los miembros del Gobierno que me impusieron las condiciones: me dijeron claramente que no debía hablar de esto con nadie, excepto con Irma, y más tarde, contigo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Seguir actuando como un lobo solitario, igual que hasta ahora.

—¿Cuántos hombres tienes que eliminar aún? ¿Cuántos de esos asesinos quedan?

—No lo sé exactamente, pero la última vez Irma me habló de dos más. Ésos son los que tienen por misión matar a Grant y a Lee. Antes eran cuatro y ahora sólo son dos. Pero hay otros tipos que los protegen. Otros pistoleros de segunda fila que están deseando cazarme también. No doy por mi piel ni un níquel falsificado, pequeña.

Y la sujetó tiernamente por los brazos, acercándola a sí. Una ola

de ternura la envolvió ¡Hacía tantos años que conocía a Marian! ¡Habían hecho tantos planes juntos, hasta que el destino torció las cosas!

Ella había entreabierto los labios.

—Bésame…

Su voz era pastosa, lenta. Su voz era ya como una caricia.

—Bésame…

Kid se había olvidado de todo lo que no fuera la presencia obsesionante de la mujer. Se había olvidado ya de Irma.

Sus labios se encontraron.

Y fue entonces cuando «sintió» la muerte. Cuando la sintió llegando como un soplo por su espalda.

CAPÍTULO XI

Al inclinarse sobre Manan, había dejado de ver una de las ventanas. Fue el cristal de ésta el que se movió casi imperceptiblemente. Y por el hueco pasó un brazo terminado en el filo de un largo cuchillo.

Kid no llegó a verlo. Fue un presentimiento y nada más. Le avisó el leve zarandeo del coche.

Pero así como otro hombre no hubiera sacado ninguna consecuencia de aquello, él dedujo, en cambio, que se estaba jugando la piel.

Se dejó caer sobre el asiento frontero, todavía abrazado a Marian.

—Loco… —dijo ella.

Quizás ella pensaba que aquel brusco movimiento obedecía a un deseo muy distinto.

Pero las cosas, a partir de aquel momento, se sucedieron con mucha rapidez. Con una rapidez casi alucinante.

El tipo que había manejado el cuchillo lanzó una imprecación al fallar. Al ver que la hoja de acero no encontraba un estuche de carne.

Kid vio confusamente su silueta a través del sucio cristal.

Le hubiera gustado sujetarle el brazo y rompérselo, pero en la posición en que se hallaba, no podía, Marian no hacía más que estorbarle, al haber quedado casi encima de él. Lo que hizo Kid entonces fue propinar un doble y terrible puntapié a la portezuela.

Ésta se abrió como si la hubiera empujado la fuerza de un huracán. Y, naturalmente, el tipo que se apoyaba en el estribo salió también despedido y dio una vuelta de campana en el aire.

Kid voló por el hueco de la portezuela.

Cayó sobre el frustrado asesino.

Ésta aún disponía del cuchillo, pero estaba tan sorprendido que no acertó a reaccionar en los segundos decisivos. Además Kid dominaba mucho mejor la técnica de la lucha cuerpo a cuerpo.

Sujetó la derecha de su enemigo, con la que empuñaba el cuchillo, y la giró bruscamente.

El asesino no tuvo tiempo ni de volver la cabeza.

Su propio cuchillo le segó la garganta. Lanzó un gruñido gutural y tendió ambas piernas al aire, pero ya sin fuerzas. No pudo desembarazarse de Kid. Mientras tanto, un espantoso chorro de sangre comenzaba a brotar de su cuello.

Kid saltó hacia atrás.

Alguien más venía sobre él. Llevaba un ancho y largo machete mexicano.

Por lo visto, querían matarle en silencio, discretamente, sin que el *sheriff* se enterara. No en vano estaban casi en el centro de la ciudad.

Kid alzó ambas piernas. Asaltó y clavó los tacones en el pecho de su enemigo, que encontró el vacío delante de su machete.

Los dos cayeron a tierra. El otro se levantó antes y atacó de nuevo.

Pero si Kid no se había levantado a tiempo, era porque le convenía más estar así. Tendió la pierna cuando su enemigo avanzaba, y le puso por delante un plantillazo de los que años más tarde prodigarían los defensas del fútbol.

El del machete cayó.

Kid fue a lanzarse sobre él, pasando a la defensiva, pero en ese momento se oyó un disparo. El tipo se estremeció. El machete resbaló de entre sus dedos.

Kid volvió la cabeza.

Marian, desde el estribo del coche, apuntaba aún con un Derringer humeante entre sus dedos.

—Has hecho una tontería… —susurró Kid—. Va a llegar el *sheriff*.

—Iba a matarte.

—No le hubiera sido tan fácil conseguirlo. Pero ahora preocúpate de huir, Marian. Va a ser un feo asunto, si te atrapan delante de un muerto y con un revólver en la mano. Deja que yo cargue con el paquete, porque ya no importa uno más. ¡Tú huye!

—¿Huir? ¿Dónde?

Marian parecía desorientada.

—¡En la casa donde estabas antes ya no creo que queden pistoleros! ¡Por el momento, puedes volver allí!

—Pero ¿y tú, Kid? ¿Qué vas a hacer?

—Por mí no te preocupes. ¡Estoy acostumbrado a huir!

—De acuerdo, volveré allí. ¡Pero ven a verme!

—Procuraré hacerlo esta misma noche. Y ahora… ¡no pierdas tiempo, Marian! ¡Huye! ¡Ellos ya van a llegar!

La muchacha dio un ágil salto y desapareció por detrás del carruaje. Un instante después ya se había perdido hasta el rastro de su perfume.

Kid miró entorno suyo.

Ciertamente, el *sheriff*, o al menos alguno de sus ayudantes, llegaría de un momento a otro. No podía quedarse allí.

Saltó él también, desapareciendo entre las casas. Poco después se oían gritos de furia y también más de una maldición. El *sheriff* Buchanan tenía motivos más que sobrados para arrepentirse de estar en Meridian.

Desde días antes, no hacía más que encontrar muertos por todas partes.

Mientras ordenaba levantar los cuerpos, dijo a uno de sus comisarios:

—Vete a pedir al de pompas fúnebres que amplíe su negocio en seguida…

Había caído de nuevo la noche sobre la ciudad. En apariencia, todo estaba en calma. Pero el *sheriff* Buchanan sabía lo engañosa y falsa que era esa sensación.

El saloon, como siempre a aquella hora, estaba lleno.

La gente no se cansaba de oír a Irma. Bueno, no se cansaba de verla, que no es lo mismo.

Cuando Irma salió al escenario miró al público, a aquellas caras que ya conocía demasiado bien. Ninguna de esas caras le recordaba a Kid, al que no había vuelto a ver. Apretó las manos para dominar su turbación, porque no sabía lo que le ocurría esta noche.

Con voz clara, cantó:

Yo te di todo mi amor la noche que nos quisimos mas tu frente de metal nunca conoció el cariño.

Nadie había prestado especial atención a la letrilla, nadie menos un hombre que estaba pegado al tejado del saloon, aquel hombre había pasado largas horas allí, consiguiendo no ser visto. Y oía perfectamente las canciones que, algo más abajo, entonaba Irma.

Tal vez aquel asesino fuera el último que tuviese que eliminar.

Claro que siempre quedaría el jefe…

El jefe… ¿Quién podría ser el que había organizado aquel grupo? ¿De quién dependían aquellos asesinos a sueldo? ¿Quién les pagaba?

Estas preguntas desfilaron por el cerebro de Kid mientras se dejaba resbalar por el tejado sin hacer ruido.

Saltó al callejón lateral del saloon. Luego se deslizó entre las sombras con el silencio de un gato.

Sabía a dónde tenía que ir.

En Meridian, como en muchas otras ciudades, había un hotel situado a las afueras. Era un hotel discreto, tranquilo, cerrado casi siempre. La clientela solía llegar por la noche. La gente sabía lo que pasaba allí, pero lo tomaba como una secuela inevitable de la guerra.

Las huéspedes de aquel hotel eran viejas bailarinas que ya nada tenían que hacer sobre las tablas, alguna campesina de las cercanías y hasta alguna chica de la ciudad que creía que la vida era fácil. Todas estaban gobernadas con mano de hierro por un tipo llamado Gurt, que las explotaba.

Kid avanzó hacia el hotel mientras dudaba sobre la táctica a seguir. No sabía si llamar a la puerta y presentarse como un cliente más, o tratar de introducirse sin que nadie le viese.

Eligió esta última posibilidad.

Ascendió en silencio hacia una de las ventanas.

Cuando hubo logrado su propósito, introdujo los dedos por el borde de la hoja de la guillotina, no cerrada del todo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para subir aquella hoja, pero al fin lo consiguió.

Se encontró en un dormitorio oscuro, equipado con muebles recargados y con muchos espejos. Allí dormía confiadamente una muchacha.

Kid pasó de puntillas, sin despertarla.

Abrió la puerta y se encontró en un corredor. En la casa no se

oía nada. Kid siguió avanzando, con todos los nervios en tensión.

Abrió una puerta, tras la cual había una cortina que no dejaba pasar la luz.

Y al abrir la puerta con demasiada brusquedad, la cortina se vino a tierra. Kid se encontró de nuevo, para sorpresa y desesperación suyas, en una gran sala tapizada de rojo. Allí había cinco chicas sentadas en un diván.

Todas lanzaron a la vez una serie de grititos.

Y no de desencanto, precisamente.

No estaban acostumbradas a recibir visitas de hombres como Kid. La mayor parte de los que venían por allí eran tripudos, viejos y feos.

—¡Mirad, chicas!

—¡Éste sí que vale la pena!

—¡A por él!

Kid se vio mal, muy mal.

Alzó los brazos.

—¡Calma, muchachas, calma! Yo no he venido a lo que vosotras pensáis.

—Pues te vamos a hacer cambiar de opinión.

Kid fue a decir de nuevo:

—Calma…

Pero en aquel momento, el cañón de un revólver se clavó en sus costillas.

Y una mano pasó por su lado derecho para arrebatarle el revólver.

Kid se fijó en aquella mano.

Tenía en los antebrazos unas enormes muñequeras de hierro, con agudos salientes que eran casi pinchos.

Un solo golpe de antebrazo de aquel tipo podía dejarle a uno para el arrastre.

Y, además, aquel tipo empuñaba un revólver.

Una voz ronca dijo:

—Apóyate en aquella pared. Y siempre con los brazos en alto. Puedes volverte. Kid obedeció.

Y se volvió, pudiendo ver así la cara de su enemigo. Éste era un tipo bajo, cuadrado, enormemente fuerte.

Tenía las piernas arqueadas y la cabeza calva como una bola de

billar. Vestía unos pantalones tejanos y una camisa gris, muy sucia y llena de agujeros. Sólo le faltaba llevar un ojo tapado para parecer enteramente un pirata.

Sin duda, era el guardián de aquellas chicas. Era Gurt. Pero no debía de estar solo allí.

Miró a Kid con ojos sanguinolentos.

—No es casualidad que estés en esta casa —dijo—. Sé perfectamente quién eres…

—Mejor. Así nos ahorramos las presentaciones.

—Has venido a matar a Temple…

Kid mintió.

—No sabía que Temple estuviera aquí.

—Pues está… Y de nada te va a servir saberlo ahora, amigo.

Y fue a disparar. Una de las chicas gritó:

—¡Cerdo asqueroso! ¿Vas a matar al único hombre de verdad que ha entrado aquí en los últimos diez años?

—Ya ves que no te tienen demasiada simpatía, Gurt —dijo Kid con una sonrisa cuadrada—. Ni siquiera te consideran un hombre.

Los dientes de Gurt rechinaron con rabia.

—¡Yo les enseñaré a estas puercas! —dijo—. ¡Demasiado blando he sido con ellas!

Y, sin dejar de apuntar a Lid, movió la izquierda para golpear con el antebrazo a la muchacha que estaba más cerca, y que era la que acababa de hablar.

El impacto fue brutal.

La muchacha cayó hacia atrás, con la cara llena de sangre.

Otra gritó:

—¡Canalla!…

Y fue a lanzarse sobre Gurt. Pero hubo alguien que se adelantó. Kid se había movido con fulminante rapidez, decidido a aprovechar aquella oportunidad que no se repetiría.

¡Y se lanzó al ataque!

El disparo resonó casi en su cara, mientras la llama le dejaba ciego.

CAPÍTULO XII

Su primera sensación fue una sensación de muerte.

Le habían disparado a quemarropa. La bala tenía que haberle atravesado la cabeza.

Pero unas fracciones de segundo después, se dio cuenta de que la quemadura había sido debida al fogonazo, proyectado materialmente sobre sus facciones. La bala sólo le había rozado, al desviar en el último instante una de las muchachas el revólver de Gurt.

Éste lanzó una imprecación.

Y con motivo, porque de pronto había quedado desarmado. Un terrible golpe de Kid a la parte interna de su codo, hizo que se le durmiera el brazo. No pudo seguir sosteniendo el revólver al recibir otro golpe, casi simultáneo, en los dedos.

Una de las muchachas gritó:

—¡Bravo!

Kid le estrelló los dos puños en la cara, arrancándole las cejas. Varias gotas de sangre saltaron hasta la calva de Gurt.

Éste movió el antebrazo derecho.

Quiso incrustar los salientes de metal en la cara de Kid, y si era posible, en su cuello. Pero su enemigo era demasiado ágil para dejarse atrapar. En lugar de encontrar a Kid, sólo encontró la pared. Ésta pareció cuartearse a causa del terrible impacto.

Kid aprovechó el fallo.

Su enemigo estaba desarbolado y sin preocuparse de la guardia. Metió los dos puños por entre los brazos del esbirro y le destrozó materialmente la mandíbula. Gurt lanzó un rugido de muerte.

Vaciló, al borde el K. O.

No sabía lo que pasaba.

Nunca le habían atizado así.

Kid movió los puños otra vez. Era su momento. Uno-dos, uno-dos.

Los puños martillearon sobre la cara de Gurt, hasta deshacerla, entre los gritos de entusiasmo de las chicas. Gurt vaciló. Ya no podía ni tenerse en pie.

Pero por un milagro de equilibrio lo hizo, y eso fue lo que le perdió. Dos derechazos seguidos le alcanzaron de lleno.

Fueron dos derechazos definitivos, brutales, en los que Kid cargó todo su peso y su fuerza.

Gurt cayó fulminado, con los ojos en blanco.

Una de las chicas le clavó brutalmente en la cara sus finísimos tacones, pero el esbirro ya no tuvo ninguna reacción.

Una de las chicas gimió:

—¡Está muerto!…

Kid se inclinó sobre él.

En efecto, Gurt ya no tenía ningún reflejo vital. Los terribles golpes recibidos le habían lesionado el cerebro tan gravemente que ya no había podido recuperarse.

Las chicas miraban asombradas al caído.

Kid rompió el silencio:

—Busco a un tipo que Gurt tenía protegido. Un fulano que estaba de huésped habitual aquí.

—Ah, ya sé —dijo una de las chicas—. Debes de referirte a Lemy. No es más que un cochino pistolero.

—¿Dónde está?

—Ocupa la habitación número doce. Procura no salir nunca. Sólo de vez en cuando nos llama a una de nosotras.

—¿Recibe órdenes?

—Sí. Por lo visto hay un hombre que es su jefe, pero no lo hemos visto nunca. Las órdenes se las transmitía Gurt, que era quien debía conocerle.

Kid miró al caído, lamentando haber acabado con él.

—Pero Gurt está muerto… —susurró—. Por desgracia ya no podrá hablar. Tendré que intentar hacer cantar a Lemy antes de liquidarle.

La rubia musitó:

—¿Por qué quieres ver a ese buitre? ¿Quién eres en realidad?

—Sólo soy un asesino —dijo tranquilamente Kid.

—Un asesino muy especial… Ten cuidado con Lemy. Es un sucio traidor. Te matará por la espalda si puede.

—¿Cómo se llega a esa habitación número doce?

—Sube por las escaleras de servicio que hay al final del pasillo y te encontrarás ante la puerta. Seguro que no te esperará por allí. Creerá que vienes por la escalera principal.

—Gracias. Hasta luego, muñecas.

—Te esperamos…

Kid sonrió y salió de la habitación, después de recuperar el revólver que le había arrebatado Gurt.

Subió por las escaleras.

No hacía ningún ruido.

Pero si esperaba sorprender a su enemigo, estaba equivocado. Lemy, desde su habitación, había captado los ruidos de la pelea, y estaba en guardia. Era él quien lo tenía todo preparado para sorprender a Kid.

Al final de las escaleras había un altillo muy pequeño, pero en el que podía caber un hombre. Lemy estaba allí. Su enemigo subía de espaldas.

Kid, naturalmente, no lo vio.

Al llegar al último peldaño, no sospechó ni mucho menos que el hombre a quien buscaba pudiera estar tras él.

Kid vio la puerta número doce.

Se dispuso a empujarla.

Lemy, tras él, crispó sus facciones y asomó el revólver por el borde del altillo, dispuesto a disparar.

Apuntó a la nuca.

No podía fallar. El dedo fue a cerrarse sobre el gatillo.

Pero en aquel momento se oyó un grito.

—¡Cuidado!

Era una de las muchachas que conocía muy bien el hotel y había intuido la maniobra de Lemy. Fue ella la que llegó corriendo hasta el pie de las escaleras y vio sobresalir el revólver por encima del altillo.

Kid se volvió en fracciones de segundo.

Disparó por debajo del codo.

La bala se perdió en el aire, porque no había podido ver a su

enemigo. Éste disparó dos veces con rabia, hacia abajo, cambiando la dirección del revólver.

La muchacha lanzó un grito.

Había sido mortalmente atravesada en el pecho.

Kid había girado ya. Vio a su enemigo y también disparó con odio. Las balas produjeron un brusco y extraño chasquido al perfilar la cabeza de Lemy.

Éste se derrumbó silenciosamente. Cayó sobre el peldaño superior y rodó hacia abajo.

Kid miró el cadáver de la chica y dijo:

—Lo siento.

Y saltó directamente por la ventana. Fue un gesto inesperado, brutal.

La ventana quedó hecha astillas mientras Kid caía a la calle, tan oscura como el interior de un pozo.

Las muchachas se arremolinaron en torno a la muerta. Por las mejillas de algunas de ellas corrían las lágrimas.

Y fue entonces cuando oyeron varios brutales golpes en la puerta.

—¡Abrid! ¡Abrid, en nombre de la ley!

El *sheriff* Buchanan había vuelto a seguir con acierto las huellas de Kid. Pero, como siempre, había sido incapaz de llegar en el momento preciso, antes de que los disparos se produjeran.

—¡Abrid, por todos los diablos!

Una chica con las facciones contraídas por el llanto fue la que abrió la puerta.

Buchanan entró, seguido de uno de sus ayudantes.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué han sido esos disparos?

Nadie contestó.

Buchanan avanzó unos pasos y lo que vio le hizo lanzar un gruñido de rabia. No le importaba ver muerto a Gurt, al que hubiera deseado ver liquidado cien veces, ni tampoco ver muerto a Lemy, del que sabía que era un asesino profesional. Pero el que los había liquidado también era un asesino profesional. ¡Y no conseguía echarle el guante!

—¿Quién ha sido?

—No sabemos. Un hombre alto, joven…

—¿Tenía los ojos grises?

—Sí.

—¡Maldito sea mil veces! ¡Era Kid! ¡Cuando le eche el guante le ahorcaré!

De pronto el *sheriff* se calló en seco.

—¿Qué pasa jefe?

—Hay algo que ya está encajando demasiadas veces… ¿Has oído la primera canción que Irma ha interpretado esta noche?

—Sí, claro que sí.

—¿Qué te ha llamado la atención en ella?

—Hum… Era un poco extraña. No sé qué diablos decía de una frente de metal.

—Mira.

El ayudante se inclinó.

Y no pudo evitar un grito de asombro.

Porque los impactos de balas, y que habían destrozado casi la frente de Lemy, no sólo habían astillado el hueso. También habían convertido en esquirlas una ancha pieza de metal, que ocupaba gran parte del hueso frontal.

—Por lo visto, a Lemy tuvieron que hacerle una operación tiempo atrás —murmuró el *sheriff*—. Una difícil operación… Alguna bala debió lesionarle parte del frontal, y entonces el cirujano se lo sustituyó, en la zona lesionada, por una pieza de plata.

El ayudante susurró:

—Fue ella quien le dijo que tenía que matarle…

—Ya no cabe duda —masculló el *sheriff*—. Irma dirige esta cadena de asesinatos. Voy a echarle el guante también a ella. Le haré el honor de ahorcarla junto a ese perro de Kid…

CAPÍTULO XIII

Irma estaba en el hotel, con las luces de la habitación apagadas. En contra de su costumbre, había bebido un poco de licor. Se sentía inquieta y desasosegada esta noche.

Paseaba de un lado a otro nerviosamente.

No sabía lo que le ocurría.

Hubiera abofeteado a Kid otra vez, y al mismo tiempo sentía deseos vehementes de verle.

De pronto, oyó pasos.

En el silencio de la calle alguien se acercaba al hotel.

Pero procuraba no ser oído.

Fue eso lo que la intranquilizó.

Se asomó a la ventana, descorriendo ligeramente las cortinas, y miró hacia la calle.

Pudo distinguir a dos hombres que avanzaban por el porche frontero. Otro debía de estar casi junto a la puerta del hotel. Aquellos dos hombres, obedeciendo a una seña, pasaron hacia este lado de la calle.

La Luna arrancó reflejos a sus estrellas.

Eran los comisarios y el *sheriff*.

La muchacha se estremeció.

Debían de haber descubierto la relación que tenía con Kid, e iba a capturarla.

Miró angustiada en torno suyo.

Sus ojos se clavaron en una de las ventanas de la pieza, una ventana que daba al callejón lateral del hotel y en la que era muy posible que no hubieran reparado.

Alzó la hoja de guillotina y se dispuso a saltar por allí.

No se veía a nadie abajo.

Irma vaciló, porque era la primera vez que se deslizaba desde una ventana, a la altura de un primer piso.

Cayó y lo hizo mal.

Estuvo a punto de romperse un tobillo.

Y se lo hubiera roto sin remisión de haberla recogido, abajo, unos fuertes brazos como el acero. Cuando estaba a punto de rodar a tierra.

Irma lanzó un gemido de sorpresa.

La luz de la Luna, que penetraba irregularmente en el callejón, le había permitido reconocer a aquel hombre.

—¡Kid!

Kid musitó:

—Vámonos pronto de aquí. Esos hombres no tardarán en darse cuenta de que has huido.

Llegaron en silencio hasta el fondo del callejón. En él había una pequeña empalizada que saltaron, encontrándose en una calle lateral, al final de la cual estaban los campos.

Pocos minutos después, ya habían salido de la ciudad.

Podían considerarse a salvo, al menos de momento.

Por un sendero abierto entre los campos de maíz, llegaron a una cabaña en la que durante el día se guardaban herramientas. Ahora estaba vacía. Había una lámpara de petróleo colgando del techo, pero no la encendieron para no llamar la atención. La luz de la Luna les alumbraba lo suficiente.

Hasta entonces no habían hablado más que unos cuantos monosílabos. Fue Irma la que rompió el silencio.

—¿Por qué me has ayudado?

—Imaginaba que vendrían a buscarte. El *sheriff* Buchanan no es tonto, y se habrá dado cuenta de una serie de coincidencias. Por eso he vigilado el hotel. Me hubiera gustado antes hablar contigo, pero no me he atrevido a hacerlo.

—¿Por qué?

—Sé que me desprecias.

Ella desvió un momento la mirada.

Había parecido vacilar.

Pero en seguida dijo, con voz firme:

—Sí, te desprecio. No eres más que un vil asesino.

—Un vil asesino que sirve a la causa de la ley y de la paz. Ésa es

mi única disculpa. Soy asesino en el sentido en que también lo es un *sheriff*. O un agente federal. Y no creas que me gusta este papel, pero pienso que es necesario. Como tú misma debiste creerlo también, al acceder a participar en este trabajo.

—Yo odio esta guerra —musitó Irma—. Me ha causado tantos sufrimientos y he visto causar también tantos sufrimientos a los otros, que haré lo posible para que termine esta pesadilla.

—¿Crees que esta guerra no me fastidia también a mí? Es una guerra justa, pero debe terminar sin causar nuevas víctimas. Los dos bandos ya se han desangrado bastante. Haré lo que sea para que se firme la paz. Haré lo que sea…, incluso convertirme en un asesino profesional.

Irma rió levemente.

—¿Convertirte en un indeseable asesino profesional? —preguntó —. ¿Y qué eras antes? ¿No has sido un asesino profesional toda la vida, Kid? ¿Por qué crees que te desprecio?

—Sí —dijo Kid—. Siempre he vivido de mi gatillo. Eso es verdad. No supe hacer otra cosa.

—Asesinaste a un hombre… Estás condenado a muerte por eso.

—¿Te refieres a Lambert? No, no lo asesiné. Fue un duelo cara a cara y en el que, además, aquel granuja tenía todas las ventajas. Pero Lambert era demasiado poderoso… Hay cosas que no se le perdonan a un pistolero, y a mí no podían perdonarme.

Dio unos pasos por la choza, con las manos unidas a la espalda, mientras susurraba:

—Además, ni siquiera quería matarle. No tiré a dar. Era una advertencia la que quería darle, pero se me fue la mano. A veces uno apunta al hombro y dispara a la cabeza… Lo cierto fue que unos instantes después comenzaba la persecución. Me han perseguido como a un perro rabioso. No pude ver a mi enemigo en el ataúd, pero he pagado cien veces aquella muerte.

Llegó hasta la puerta, donde se detuvo, de espaldas a la muchacha. Sus ojos estaban perdidos en el vacío. Continuó:

—No sé si tú conoces esa parte sencilla y humana de la historia, Irma. Yo iba a casarme con una muchacha que me amaba, una muchacha llamada Manan Graw. Pretendía apartarme para siempre del camino del Colt. Yo acababa de descubrir una mina.

—¿Una mina? Entonces, debías ser rico.

Kid rió con alegría.

—Bueno, no era una mina exactamente… Se trataba de un sitio donde los miembros de una caravana, antes de ser totalmente aniquilados por los indios, escondieron sus pertenencias. Había no sólo monedas de oro, sino joyas muy valiosas. En especial un anillo con un zafiro que era una de los más valiosos de América.

Irma lo miró con interés.

—¿Cómo supiste que existía ese escondite? —preguntó.

—Por un viejo plano que encontré casualmente. No sólo hablaba del paradero de las joyas, sino que había incluso el dibujo de algunas de ellas, en especial el anillo con el zafiro. Empecé a trabajar y encontré algunas monedas y algunas joyas sin demasiado valor. Lo lamentable es que obré sin malicia, y de pronto se supo la noticia del descubrimiento.

—Y entre los que los supieron estaba Lambert, ¿no es verdad?

—Exactamente. Lambert tenía ya mucho dinero, pero su ambición era superior a su fortuna. Hizo matar a dos de los hombres que trabajaban conmigo. Comprendí que llegaría pronto mi turno y decidí adelantarme. Le desafié una noche y…

Produjo un chasquido con dos dedos, mientras volvía la cabeza.

—Ya ves… A causa de aquel pequeño desafío he venido a parar hasta aquí.

—Pudiste haber abandonado la mina —dijo Irma, que no quería encontrar disculpas para la actitud del pistolero.

—Sí, claro que pude haberlo hecho. Pude renunciar y huir como un cobarde. Pero eso no iba con mi carácter. Además, ambicionaba encontrar aquel zafiro para regalárselo a Manan. Ella también lo deseaba con toda su alma. Cosas de mujeres, ¿sabes? Además ya habían sido asesinados dos compañeros míos y quería vengarlos. No podía volverme atrás.

Rió quedamente otra vez, con desgana.

—Ésta es la historia de un asesino —dijo—. Ahora ya la conoces.

Se volvió y pudo ver entonces que la muchacha también se había puesto en pie.

Estaba muy cerca de él.

Sus labios palpitaban.

Era una mujer de cuerpo entero, una mujer que, además de tener unas líneas maravillosas, tenía también un alma luchadora.

Kid no quería mirarla.

No quería caer en la tentación irresistible de sus labios.

Fue ella la que susurró:

—Tú me besaste una vez, Kid. Me besaste a la fuerza.

—Sí.

—Ahora quiero… besarte yo.

Fueron sus labios los que se movieron, fue su boca la que buscó la boca del hombre.

Se produjo un instante de silencio, un instante tenso cuya duración no supo calcular ninguno de los dos.

Kid se desprendió poco a poco de los brazos de la mujer. Muy poco a poco, como si le pesara hacerlo.

Y salió de la choza.

Mientras caminaba por los campos vacíos, se sentía como un borracho, como un sonámbulo, igual que si el beso de Irma le hubiese narcotizado.

Pero al fin reaccionó.

Tenía un deber que cumplir. Tenía que asegurarse de que Marian estaba bien.

Mientras avanzaba hacia la colina, sentía como una sorda tempestad en su corazón.

Jamás le había sucedido eso. Jamás pensó que un hombre pudiera tener su corazón dividido entre dos mujeres y amarlas a las dos sinceramente.

Pero le estaba ocurriendo.

Y jamás se había sentido tan desgraciado como en ese maldito momento.

Vio al fin la casa de la colina, bañada quietamente por los rayos de la Luna.

Todo estaba tranquilo. Allí debía de esperarle Marian sin correr peligro alguno.

Llegó hasta la puerta.

—Marian… —bisbiseó—. Marian…

La oscuridad más absoluta reinaba en aquella casa.

Nadie le contestó. Kid avanzó hacia la habitación donde había visto antes unas cuantas prendas femeninas.

Una levísima luz se esparcía por allí. Era una luz que apenas disipaba las sombras.

Vio a Marian. Estaba muy quieta, sentada en una de las butacas. Parecía una esfinge.

—Hola, Kid.

Su voz era pastosa y extraña. Sus labios apenas se habían movido para hablar.

—¿No has corrido ningún peligro, Marian?

—Ninguno, ¿qué ocurre? ¿Estás preocupado, Kid?

—Lo estaba por ti.

—Acércate.

Kid se acercó.

Vio muy bien la figura de Marian.

Y vio sobre sus manos, que ya no llevaban las manchas con las que se había fingido leprosa.

Kid sintió una sacudida.

¿Qué era? ¿Qué le ocurría?

Ni él mismo lo supo en el primer momento.

Era como una alucinación. O como si de repente hubiera despertado de una pesadilla para darse cuenta de que la realidad era más turbia aún de lo que había imaginado en sus delirios.

Miraba como hipnotizado las manos de Marian Graw.

Ésta musitó:

—¿Qué te ocurre, Kid?

Las sombras partían aquellas manos en dos.

Pero Kid veía perfectamente lo que había en una de aquellas manos. Aquel anillo, grande, gigante, de un incalculable valor.

Ella repitió:

—¿Qué te ocurre, Kid? ¿Sorprendido?

Había movido las manos, haciendo que el anillo brillara y destacase aún más.

Kid sentía que sus rodillas vacilaban.

Por primera vez en su vida era un hombre que había perdido las fuerzas, las energías, el valor.

Por primera vez en su vida, era un hombre a punto de rendirse.

—No… no puede ser…

—¿Por qué no puede ser? ¿Te extraña que yo ambicionara este anillo? ¿Te extraña que ambicionara todo lo demás?

—Es… es el que estaba en la mina. Aquél cuyo dibujo figuraba en los planos… —balbució él—. Yo no llegué a encontrarlo, pero en

cambio tuvo que encontrarlo Lambert. ¿Te lo dio él? ¿Te lo dio ese maldito perro?

Ella rió quedamente.

—¡Qué mal gusto tienes para calificar a las personas, Kid! Lambert es todo un señor, y yo por supuesto, aspiro a ser toda una señora. Claro que me lo ha dado él. Si él se quedó con la mina, si él era un multimillonario y tú un perseguido, ¿con quién crees que iba a permanecer una mujer que espera llegar muy lejos? ¿Una mujer como yo…?

Kid sentía ahora que la cabeza le daba vueltas.

Un sabor amargo, espeso, le llenaba la boca.

—Entonces —dijo, sin llegar a creerlo—, ¿él no murió?

—No, no murió. Lo ocurrido fue que, después del desafío contigo, se ocultó muy astutamente, porque sabía que así te condenarían a muerte, mientras que de otro modo te hubieran dejado libre. Cuando pudo organizar este trabajo, el de matar a los generales Grant y Lee, se alegró de haber estado oculto. Nadie le iba a perseguir. Nadie persigue a los muertos.

Kid se enfrentaba con horror a aquella verdad repulsiva.

Marian continuó:

—Por supuesto, yo soy lo bastante bonita para que él se fijara en mí —dijo—. Y soy lo bastante ambiciosa para haberme fijado en él. Lambert y yo estamos unidos hace tiempo, lo mismo en el amor… que en los negocios. Lo maquinamos todo de forma que yo sirviera de enlace para la misión que te habían encargado a ti. De ese modo podíamos liquidarte cómodamente. Todos los atentados que has sufrido hasta ahora, lo mismo cuando viniste a buscarme aquí que cuando nos vimos en el interior de aquella diligencia, habían sido preparados por mí de común acuerdo con Lambert. Todos han fracasado, pero éste no fracasará. Ahora estás listo, Kid…

Era verdad.

La voz metálica y fría sonó a la espalda del joven.

—Te estoy apuntando, pistolero. Ahora no eres más que un sucio asesino que va a morir. Si sabes rezar…, ¡reza!

Kid se volvió lentamente.

Sólo para ver al hombre que acababa de hablar desde la puerta.

Pero no era uno sino dos.

Vio a la derecha a Lambert, con un Colt engarfiado entre los

dedos.

Y vio junto a él a un sucio pistolero de la frontera, uno de esos tipos que parecen haber nacido llevando ya la marca de la cuerda. También éste llevaba un Colt.

—Podía haberte matado nada más entrar —dijo Lambert—, pero no he resistido la tentación de que supieras la verdad. De que vieras a Marian así y supieras que ha sido mía. De que murieses con un gusto amargo en la boca.

Y disparó.

Estaba seguro de acertar. Sabía que ningún hombre iba a ser lo bastante ágil para saltar de costado en el momento preciso, y sobre todo, lo bastante intuitivo para adivinar el momento exacto en el que él apretaría el gatillo.

Pero Kid lo era. Gracias a eso aún estaba vivo.

De repente voló por los aires, justo en el instante en que el disparo se producía.

La bala se empotró en la pared. Kid cayó sobre la mesa en que estaba la única lámpara.

Ésta rodó por los suelos, apagándose. La oscuridad se hizo instantánea. Dos fogonazos más brillaron en el sitio en que estaban Lambert y su compinche.

Pero no podían ver a Kid. No sabían dónde tiraban.

Kid, en cambio, sí que podía guiarse, a causa de los fogonazos. Como aún tenía el Colt, disparó dos veces. Se oyó un alarido de dolor en el sitio donde antes habían sonado los estampidos.

Pero alguien más siguió disparando.

Barrió con plomo toda la habitación.

Kid hizo fuego también, aunque no podía precisar bien dónde. Durante unos segundos, aquello fue un campo de batalla, hasta que los contendientes acabaron las balas que había en sus cilindros.

Luego se hizo el silencio, un silencio casi espantoso, en contraste con el estrépito anterior.

Kid recargó febrilmente el Colt, a ciegas. Pero temía que su enemigo hubiera huido ya. Daba por descontado que uno estaba muerto, o al menos malherido. El otro se había largado. Esperaba tener suerte y que el muerto fuese Lambert.

Avanzó a tientas y en zigzag. No podía arriesgarse a cometer una imprudencia y que le clavaran una bala entre las cejas.

Tropezó, cerca de la puerta, con un hombre caído.

Lo palpó con la izquierda, mientras mantenía el Colt preparado con la derecha, por si el otro se fingía muerto sin estarlo. Pero allí no había fingimiento posible; Kid lo comprendió al cabo de un instante. Tenía la suficiente experiencia como para saber que estaba tocando un cadáver.

Lanzó una imprecación en voz baja.

Las ropas que aquel tipo llevaba bastaban para identificarle. No era Lambert. Se trataba del pistolero que le había acompañado.

No se oía ningún susurro más. Lambert tenía que haber huido. Pero en seguida, aquel silencio le hizo recordar algo más. Marian… ¿Por qué no se oía a Marian? ¿Es qué acaso había huido también?

Se acercó al sitio que antes ocupaba la muchacha y rasgó un fósforo, produciendo una llamita.

Aquello era una imprudencia, porque aquel silencio podía ser una trampa. Por eso, al brotar la llamita, hizo girar el revólver en todas las direcciones.

Pero no, no era una trampa.

En primer lugar no se veía ni rastro de Lambert. El millonario había huido al darse cuenta de que las cosas venían mal dadas para él.

Pero hubo algo que llamó mucho más la atención de Kid.

Dolorosamente.

Siniestramente.

Se quemó los dedos, sin darse cuenta, y hubo de arrojar el fósforo. Entonces encendió otro para prender la llamita de nuevo en la lámpara, que estaba en el suelo.

Aquella luz casi irreal le permitió ver el cuerpo ensangrentado de Manan.

La muchacha había recibido entre las dos cejas una bala perdida. Tenía los ojos espantosamente abiertos. La mano con el anillo de zafiro estaba como suspendida en el aire. Muy cerca de la sangre.

Kid la bajó poco a poco.

No le quitó el anillo. No se lo tocó. ¿Para qué? ¿Qué importaba ya todo después de la llegada de la muerte?

Poco a poco bajó los párpados de la muchacha y se puso en pie.

Nada tenía que hacer allí.

Salió para regresar a la ciudad.

Y fue entonces cuando oyó el ruido de los cascos de aquellos corceles lanzados al galope.

Kid los reconoció. Eran el *sheriff* Buchanan y uno de sus ayudantes.

Buchanan tenía un rifle cruzado sobre la silla.

Le apuntaba con él.

La claridad de la Luna iluminó perfectamente la expresión de Kid, una expresión entre despectiva y burlona.

—Vamos, *sheriff* —murmuró—, ¿a qué espera? ¿Por qué no termina con esta pesadilla de una vez? Apriete el gatillo y liquídeme.

Buchanan apretó los labios.

—Kid, le parecerá mentira, pero no voy a disparar.

—¿Por qué?

—No tengo nada contra usted.

—No lo entiendo, *sheriff*.

—Se lo explicaré… No sé si estoy soñando, pero creo que no. Y hace unos instantes se ha cruzado conmigo un jinete que huía como alma que lleva el diablo. Lo he visto bien. Estoy seguro de que era Lambert.

Kid asintió, aunque su expresión no cambió.

—Sí, era Lambert. ¿Y qué?…

—Por tanto, usted no lo mató.

—Creí haberlo matado, pero ahora comprendo que sólo lo dejé malherido. Y él fue lo bastante astuto para ocultarse.

—Entonces, la sentencia que le condenó no sirve para nada. Usted está libre. Yo no tengo fuerza legal para perseguirle y no lo haré.

—¿Y los hombres a los que he matado en la ciudad de Meridian?

—Eran asesinos profesionales. Estaban conjurados para matar a Grant y a Lee y hacer fracasar las conversaciones de paz. No hay por qué lamentar su muerte.

Kid sonrió ásperamente.

—Tampoco tendrá que lamentar la de Lambert.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo eso: que tampoco tendrá que lamentar la muerte de Lambert. Es el jefe de esa sucia cuadrilla. Él lo ha organizado todo.

Aunque sea la última cosa que haga en esta vida, acabaré con él.

—¿Piensa matarlo?

—Lo he dicho con bastante claridad, ¿no?

—Pero entonces… ¡Entonces se hará digno de la condena que le impusieron! ¡No sea loco! ¡Yo declararé haber visto a Lambert y todo quedará resuelto! ¡Yo me encargaré de matarlo! ¡Olvídese de esto!

—Hay hombres a los que no puede matar cualquiera… —dijo Kid, con suavidad—. Hay hombres a los que sólo puede matar determinado hombre.

Y volvió la espalda para alejarse.

CAPÍTULO XIV

No se veía a nadie en las calles de la ciudad.

Los porches estaban vacíos.

No brillaban apenas luces en ninguna parte.

Y sólo una lámpara mortecina relucía a la entrada del saloon, habitualmente tan bien iluminado.

Kid avanzaba poco a poco por aquellas calles vacías.

Con todos los nervios en tensión.

Con la derecha sobre el revólver.

Lambert podía estar en cualquier parte.

Cuando llegó al saloon entró en el. Quizá los camareros habían visto a Lambert. Era posible que le dieran una pista del fugitivo.

El interior estaba mal iluminado como el exterior.

Ahora el escenario estaba vacío, y el único habitante del local parecía ser el dueño, que limpiaba nerviosamente vasos al otro lado del mostrador.

Kid musitó:

—Hola, amigo.

—Buenas noches, señor.

—Quiero pedirle una información.

—Usted dirá.

—¿Ha visto a Lambert?

—No sé quién es Lambert.

—Un tipo gordo y bien vestido.

—Hay…, hay muchos así, señor.

—Está bien, gracias.

Y Kid fue a irse, pero el dueño del saloon murmuró:

—Señor…

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no bebe un trago?

—¿Y por qué habría de beberlo?

—Creo que le sentará bien. Vamos, la casa invita.

—De acuerdo.

El camarero sirvió a Kid una buena copa de *whisky*. Pero la mano del dueño temblaba.

Kid musitó:

—¿Por qué?

—¿Que… qué trata de decir, señor?

—¿Por qué tiembla? ¿Está aquí Lambert? ¿Está en alguno de los palcos del piso superior? ¿Le ha pagado o amenazado para que me tuviese quieto aquí?

—Pues…, pues…

—Diga la verdad.

El otro bisbiseó:

—No quisiera que me oyese. Está… en el primer piso. Pero si usted se coloca junto a aquella botella, no podrá alcanzarle.

Kid sonrió.

—Vaya… El tipo es astuto. Gracias, amigo.

Y tomó la copa, caminando unos pasos a lo largo de la barra, sin prisa, para situarse junto a una botella depositada allí, como el dueño le había indicado.

Bisbiseó:

—De modo que arriba…

—Sí… señor.

Kid sonrió. Alzó la copa. Fue a beber. Y de pronto sus facciones se crisparon y la arrojó al otro lado de la barra, mientras emitía un rugido y se lanzaba de costado y hacia atrás, volcando una de las mesas.

Los disparos cruzaron el aire.

Pero no llegaron del primer piso, sino ¡atravesando la delgada madera de la barra!

¡Lambert estaba allí agazapado! ¡Casi junto al dueño! ¡Disparaba sin ver a Kid, pero sabiendo la posición exacta en que éste se colocaría!

¡Sus balas, enviadas de abajo arriba, tenían que haberle atravesado el vientre y el pecho!

Menos mal que Kid había intuido todo aquello, sospechando que

si el dueño le daba una pista es porque estaría en el lado contrario.

Las balas pasaron inútilmente sobre su cabeza, pero Kid vio perfectamente, en cambio, los agujeros de las balas en la barra. Sabía dónde estaba su enemigo. No tuvo más que apretar el gatillo para ejecutarle.

Envió al aire cuatro balas. Y se oyeron cuatro aullidos de dolor. Lambert dio un terrible brinco, mientras desesperadamente trataba de llegar hasta la puerta.

A Kid aún le quedaban dos balas.

Y las gastó.

¡De qué modo!

La primera atravesó el corazón de Lambert. La segunda, la nuca.

Cuando el fugitivo no era más que una piltrafa sangrante cruzada en el umbral, Kid recargó el revólver y avanzó hacia el dueño del saloon.

Este temblabas espasmódicamente.

—No… no me mate, señor —balbució—. El me amenazó. Me estaba apuntando cuando hablé con usted… Lo tenía casi entre las piernas. Me dijo lo que tenía que hacer…

Kid hizo girar hábilmente el revólver entre sus dedos.

No disparó.

Simplemente, propinó un terrible culatazo entre los ojos del tabernero, mientras le escupía en la cara.

Luego se dirigió a la puerta.

Pero no llegó a salir.

El *sheriff* Buchanan estaba en el umbral, casi encima del cadáver.

Entrecerró los ojos.

—¿Ha sido usted, Kid?

—Sí.

—¿Se ha dado cuenta de qué…?

—Me doy cuenta de una cosa, Buchanan: de que me ofrecieron la libertad si deshacía esta banda. Pero yo no necesito la libertad. He matado a Lambert y debo ser sometido a juicio de nuevo. Puede detenerme, *sheriff*… Puede cumplir con su deber.

Buchanan le miraba fijamente.

Buchanan tenía la mano sobre el revólver.

Y Buchanan masculló:

—No le conozco, Kid. No le he visto nunca por aquí. Usted es un

tipo cuyo nombre ni siquiera he llegado a oír. Me he vuelto ciego y sordo. Lárguese. A Lambert le ha matado un desconocido.

Kid también miraba fijamente al *sheriff*.

Una indefinible sonrisa flotaba en sus labios.

Pero sus ojos de acero seguían impasibles.

—Muchas gracias, *sheriff* Buchanan —musitó—. Gracias…, amigo.

Y salió de allí. No había llegado a la calle cuando oyó la voz del *sheriff*, quien le decía algo que curiosamente estaba pensando él mismo:

—Eh, usted, individuo sin nombre… Vaya al hotel a buscar a una chica. Seguro que quiere cantarle una canción. Pero ésta será distinta.

FIN